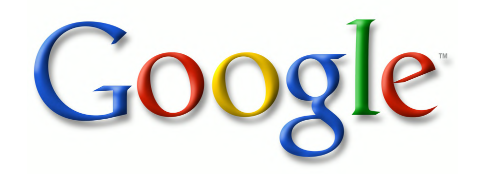
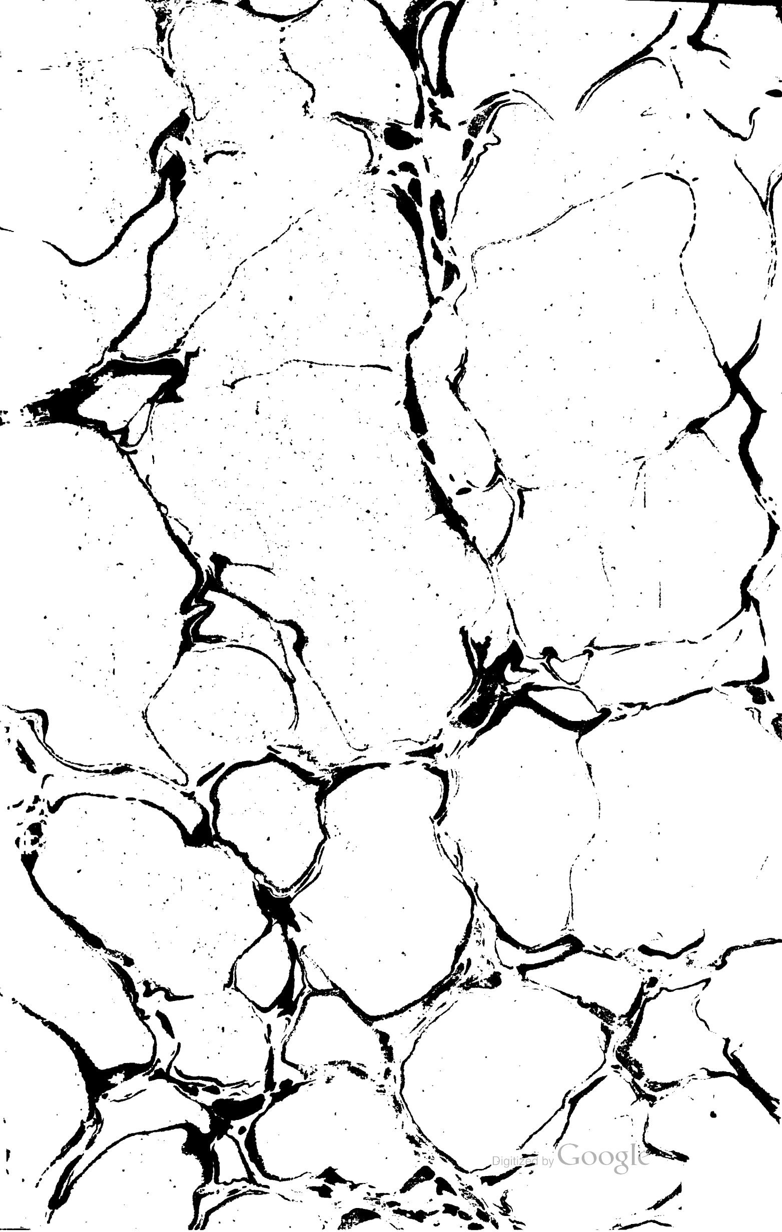



UC-NRLF
$B 315 871


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS



POESÍAS

DE

EVARISTO SILIÓ

POESÍAS

DE

EVARISTO SILIÓ

CON UN PRÓLOGO

DE

M. MENÉNDEZ Y PELAYO



VALLADOLID:
Imprenta Castellana
1897



26 OCTUBRE 1841 † 7 ABRIL 1874

D. EVARISTO SILIÓ Y GUTIÉRREZ

VENGA á ocupar el puesto segundo en esta galería de líricos cántabros (1) el simpático y malogrado cantor de *Santa Teresa de Jesús* y de la *Magdalena,* ya que fué el segundo en descender á la ciudad de los muertos. Deber es imperioso de historia literaria salvar del olvido los nombres dignos de vivir en la posteridad, entre tantos como han sonado y suenan, con efímero y pasajero aplauso, en esta era de arrebatada y copiosa producción artística, en que pocos se cuidan de separar el oro de la escoria, por la mucha escoria que encubre el oro. Entre tantos volúmenes de versos como desde 1835 han aparecido, infinitos hay poco dignos de recordación honrosa ni aun de registro bibliográfico,

(1) Alúdese aquí á una serie de artículos, que sobre esta materia empezó á publicar el autor en *La Tertulia,* revista que salía á luz en Santander por los años de 1875 á 1877. La semblanza que antecedió á esta fué la de D. Calixto Fernández Campo-Redondo.



pero no faltan algunos, y aún pudiéramos decir *muchos,* que ora por la pulcritud de la forma, ora por la alteza de la imaginación y la intensidad de los afectos, son acreedores á puesto muy honroso en el tesoro de nuestra literatura. No en vano derramó Dios á manos llenas el ingenio en esta nación privilegiada, donde jamás han faltado ni faltarán poetas. La misma abundancia hace que miremos con poca estima este género de producciones, siempre que no excedan en mucho la medida común, ó logren por excepcionales circunstancias muy subida fama.

A pocos asiste valor para engolfarse en ese piélago lírico y dramático que, á no dudarlo, ha de poner espanto á los futuros bibliófilos é historiadores literarios. El público de ahora vé con absoluta indiferencia la aparición de tomos y tomos de poesías líricas que sólo leen los amigos á quienes el autor se los regala; las producciones dramáticas no sobresalientes, y aun algunas muy estimables, nacen y mueren en la misma noche. La falta de crítica formal contribuye al mismo resultado; todo se abulta en los hiperbólicos párrafos de *gacetilla,* y el hombre de buen gusto, hastiado de tan empalagoso incienso y de tanta sátira insulsa, acaba por confundi á todos en idéntico menosprecio, y no cae en la tentación de abrir uno solo de esos volúmenes que se presentan arreados con los vistosos títulos de *Dolores,*

Quebrantos, Armonías, Pensamientos, Gemidos, Tristezas, Recuerdos, y otros de la misma laya, rótulos capaces de ahuyentar al más hidrópico leyente. Porque suelen tales colecciones poéticas adolecer de uniformidad y amaneramiento tan extremados, suelen encerrar tan escaso interés para quien no sea el autor ó la dama de sus pensamientos, causa ocasional de sus tristezas y lamentaciones, falsas y artificiales en sumo grado, que no hay paciencia que baste para leer cien, doscientas, mil veces..... idénticos conceptos, expresados de la misma manera. Y, sin embargo, no es cosa infrecuente encontrar en ese *maremagnum* poético libros marcados con la huella indeleble del talento, apartados de fastidiosas trivialidades y rutinas, rebosando de verdadero sentimiento, atildados y correctos en la forma, y que no obstante, por cierto sino fatal, no son conocidos ni apreciados sino por aquel á quien lleva á su estudio necesidad ineludible. Uno de esos ingenios dignos de mejor suerte, es Evaristo Silió y Gutiérrez, verdadero poeta, que sorprendido por la muerte en el comienzo de su carrera, dejó, sin embargo, bastantes y muy sazonados frutos de su ingenio, para que su nombre deba ser pronunciado con orgullo por los montañeses, y con hondo respeto por todos los amantes de las letras españolas.

Nació nuestro vate en Santa Cruz de Iguña, en 1841. Recibió en su pueblo natal la primera

educación, y se dedicó en Santander por algunos años al comercio, del cual le apartaron muy en breve sus aficiones literarias. A los 16 años pasó á Valladolid donde se dió por entero al cultivo de la poesía, y escribió á los 17 un drama, *Fe, Esperanza y Caridad*, que fué representado en una sociedad decorada con el título de *La Flor de Mayo*. Los aplausos recibidos allí y en varias reuniones literarias en que leyó sus primeras composiciones líricas, alentaron su naciente inspiración y le movieron á trasladarse á Madrid, donde amplió sus primeros estudios, llegando á poseer las lenguas italiana, francesa, inglesa y alemana, á cuyas literaturas se dedicó con especial ahinco. Laboriosa fué su vida de escritor en la corte, pues además de dar á la estampa las obras que después analizaremos, colaboró en diversos periódicos como *El Eco del País, La Constitución, La Voz del Siglo,* ocupándose especialmente en críticas literarias y teatrales.

En los últimos años de su breve existencia hacía frecuentes excursiones á su valle natal, que le inspiró sus más preciados cantos. Murió en Santa Cruz de Iguña en 1874. Era de complexión débil, y simpático carácter (1). Y dadas estas breves noticias del hombre, hablemos del poeta.

(1) En *La Crónica Mercantil* de Valladolid se publicó una biografía de nuestro poeta suscrita por G. M. G. (¿Gregorio Martínez Gómez?)

Fué Silió lírico original y espontáneo, y como nacido en la tierra de los montes y de las olas, llevóle su instinto poético á la escuela *septentrional*, ménos estudiada y conocida que la salmantina, la sevillana, la catalana, la valentina ó cualquiera otro de los grupos literarios ibéricos, pero de existencia no menos real ni menos definidos caracteres. Tal vez ha sido fortuna para la escuela del Norte no hallar aún un dogmatizador ni trazarse un código inflexible que á la corta ó á la larga hubiérala llevado al amaneramiento, en que aun sin esto cayeron algunos de sus representantes. Los poetas salidos de esta agrupación que geográficamente podemos considerar extendida por Cantabria, Asturias, Galicia y tierras de León, *(del lado allá del Duero*, como decía Lista), ofrecen todos un sello de familia, una similitud literaria que de igual suerte los aisla de la poesía castellana como de los escasos vates que han florecido en las comarcas eúskaras. Soñadores y meditabundos los *septentrionales,* distínguense por lo vago y aéreo del fondo de sus concepciones, por la melancolía intensa y profunda que casi siempre les anima, por su afición extremada á la parte sombría, nebulosa y triste de la naturaleza, que produce en ellos graves pensamientos y solemnes meditaciones. La escuela del Norte es *creyente* como todas las escuelas peninsulares, pero la expresión del sentimiento religioso no toma en sus cantos el vuelo

místico de la escuela salmantina, ni la bíblica entonación *herreriana*, ni se combina con recuerdos de la edad media cual acontece en los modernos poetas catalanes, sino que propende á abstracciones, y es siempre *subjetiva*, gustando sobre todo de cantar la triste peregrinación del hombre por este valle de lágrimas, las agitaciones y tormentos de la conciencia, el dolor y la resignación que expían y llegan á borrar el pecado. Las vagas inquietudes del alma, el anhelo y la sed de lo infinito suelen ser asimismo asunto de esta poesía que dá, no obstante, á tales aspiraciones un tono muy diverso del vehemente, arrebatado y encendido de nuestros grandes místicos. Rara vez escogen los vates del Norte asuntos *históricos*, cuya índole *objetiva* se presta poco á su genialidad, y cuando por excepción lo hacen, suelen acudir á los más tristes y melancólicos, llamándoles sobre todo la atención las ruinas de antiguos monumentos, los países desolados, los grandes lutos de la humanidad y de la patria. Y cantan tales hechos, no con exactitud *arqueológica*, ni deteniéndose en los accesorios pintorescos, ni menos con expresión de arrebato é ira, sino con la misma reposada melancolía que muestran en el análisis de los dolores *íntimos* de su alma. Tales caracteres resultan en los cantos de Enrique Gil *á Polonia, á los Templarios, al Dos de Mayo;* en las tristísimas meditaciones de Pastor Díaz sobre *el Acueducto de Segovia*, y

otras ruinas y vestigios de pasadas grandezas; y en fragmentos *históricos* de otros poetas menos conocidos y celebrados. Canta el *amor* la escuela septentrional, como todas las escuelas y todos los poetas del mundo, pero lo canta *á su manera*, nunca como placer de los sentidos, á semejanza de los elegiacos latinos; ni aun como admiración contemplativa de la belleza física, cual á veces sucede en la poesía helénica; ni con el místico arrobamiento y metafísicas cavilaciones de los *petrarquistas;* ni arreado de pastoriles galas cual aparece en los eróticos del Renacimiento; ni envuelto en los discreteos y caballerescas devociones de nuestro teatro; sino de una manera ideal, vaporosa, casi impalpable, y sin embargo *humana*, cuyo objeto no puede considerarse como un símbolo de altas ideas ni una encarnación de la belleza pero que suele ser una mujer soñada, una *inmortal amiga*, una *sirena,* una *ondina,* que ora habita en las fuentes, ora baña sus trenzas en el río, ora se mece en las revueltas y bravías olas de nuestra mar; y que interesa, en fuerza de su vaguedad misma, porque representa bien los sutiles y vagorosos pensamientos enamorados de la juventud, en tierras de montaña, bajo un cielo de nieblas, en costas escarpadas y bravías. El espíritu poético que tiende á animar la naturaleza, que es eminentemente *plástico* y vivificador, diversifica sus creaciones según el país en que las produce, y engendra en toda

comarca septentrional visiones pálidas y nebulosas, así como en las regiones del Mediodía, donde todo es luz, calor y movimiento, donde hierve la vida, hace brotar ensueños deliciosos, hondamente marcados con el sello del país en que tal tipo estético se encarna y desenvuelve con exclusivo é incontrastable predominio.

Al celebrar las maravillas de la naturaleza se apartan más y más entrambas escuelas; la una canta el sol en su oriente, la otra le llora en su ocaso: describe la primera el despertar de la Aurora, deléitase la segunda en las sombras del crepúsculo de la tarde. La *Luna, el Sol de los tristes* (expresión bellísima de un gran poeta montañés) es tema favorito de sus inspiraciones; los escondidos valles iluminados por su pura y melancólica lumbre convidan á nuestros vates á la meditación y al canto; el seno agitado y tormentoso del mar de Cantabria indúceles á abismar en él el pensamiento y la mirada; la *nube blanca* arrástrales en su curso á incógnitas regiones. Si de flores hablan, será de las modestas, y escondidas, como la violeta que cantó Enrique Gil:

Quizá al pasar la virgen de los valles
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbrosas y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataúd,

Irá á cortar la humilde violeta,
Y la pondrá en su seno con dolor,

Y llorando dirá: «pobre poeta,
Ya está callada el arpa del amor»;

como el *lirio* celebrado por Laverde en la más bella de sus composiciones:

Allá del mar en la desierta orilla,
Yace su cuerpo en escondida gruta,
Donde entre zarzas solitario vive
Lirio celeste,

Místico lirio á cuyo cáliz puro
Bajan los rayos de la luna leves,
Gime con ella cariñoso el viento,
Gimen las ondas.

La poesía del Norte no tiene formas muy definidas, quizá por la escasa relación que siempre ha existido entre sus poetas: pero los caracteres distintivos de la escuela literaria sobresalen de igual manera en las composiciones generalizadoras y pesimistas de Pastor Díaz, que en las tiernas, pero difusas é incorrectas, de Enrique Gil, en las del malogrado Aguirre Galarraga, en los cantares gallegos de Rosalía de Castro, en las estrofas *sáficas* de Laverde en que se verifica una extraña, pero bellísima unión de forma clásica y fondo *septentrional,* y hasta en la elocuente prosa, muchas veces lírica, de *Juan García.* Y no ha de maravillarnos que en las comarcas donde

esta poesía es fruto natural del suelo, se observen, sin embargo, excepciones tan notables como la tendencia *objetiva* de Trueba y Cosío, imitador de Walter-Scott en novelas y poemas cortos, y el *subjetivismo* de Campoamor que lo es de una especie muy distinta del de los demás líricos septentrionales. Pues aparte de que estas mismas excepciones confirman la regla, y dado caso que ni las condiciones del país ni el influjo de escuelas literarias pueden encerrar en un círculo estrecho el genio de todos y cada uno de los escritores nacidos en una extensa comarca, ha de tenerse en cuenta que Trueba y Cosío por su alejamiento del país en que vió la luz primera, por su educación inglesa, y por ser ingenio más imitador que espontáneo, entró de lleno en la corriente literaria de su época; y en cuanto á Campoamor, con ser poeta tan original y *sui géneris,* puede notarse en los detalles, además de la influencia de sistemas filosóficos modernos por él asimilados y convertidos en sustancia propia, ciertas reminiscencias de poesía *septentrional,* nunca borradas del todo en literatos que desde el nacer respiraron aquellas auras.

Señalados ya con la posible claridad y distinción los caracteres de la escuela del Norte, vamos á estudiarla en las poesías líricas de Silió encerradas casi todas ellas en un pequeño volúmen en 12.º, de 77 páginas, rotulado con

mucha propiedad *Desde el Valle* (1). Y empezaremos por advertir que es ya buena señal el que redujese el modesto poeta su colección á 13 composiciones, escritas y acabadas con esmero, en vez de publicar, como otros, enormes volúmenes en que lo bueno aparece sepultado bajo la inmensa balumba de lo malo. Y también agrada verlas tan escuetas de todo prólogo é introducción laudatoria, lo cual asimismo demuestra el buen gusto del malogrado vate montañés.

No obstante la escasa variedad de asuntos y de tonos que en los versos de Silió se advierten, su limitado número, la verdad del sentimiento en ellos expresado, y la corrección y elegancia de la frase bastan para salvarles del olvido en que caen tantas otras colecciones poéticas. Compúsolos su autor en los postreros años de su vida, cuando dolores á la par morales y físicos habían caido sobre él, templando su alma, naturalmente dispuesta á melancólicos pensamientos, como las de casi todos los vates de su escuela. Él mismo expresa bien su genialidad lírica en las siguientes estrofas, escritas con notable pureza y sobriedad:

En vano me finjo la dicha cercana,
Y alzar quiero un punto la voz del placer,

(1) *Desde el Valle. (Poesías de Evaristo Silió y Gutiérrez). —Madrid, Imprenta de Manuel Galiano, Plaza de los Ministerios, 21, 1868.*—77 págs., una en blanco y otra de índices. Muy linda edición, 12.°



Pues voz más potente me grita inhumana
Que en triste recuerdo se torna mañana
La dicha de ayer!

Y en vano buscando del gozo la idea,
Hoy vuela mi mente do un tiempo le ví,
Do gira la danza feliz de mi aldea,
Que hoy sólo el alarde risueño campea
Del júbilo allí!

Allí de la bella que oyó sus clamores
Hoy orna el amante la agreste mansión
Con rústicos ramos y cintas y flores
Que emblema sencillo de dichas y amores
Pacíficos son.

La pura alegría que el alma recrea,
Los dulces placeres hoy reinan allí,
Mas hoy del mañana me finjo la idea,
Y en triste reposo contemplo la aldea
Do el júbilo ví!

Un sol que declina con ténues fulgores
Tras árida cumbre nublándose va,
Suspiran los tristes nocturnos rumores,
Y secos los ramos, y mustias las flores
Deshójanse ya.

Así lo que emblema de gozo es un día
Se nubla, á mis ojos, del tiempo al través,
Y así cuando quiero cantar la alegría,
Mi mente contempla la pena sombría
Que viene después!

Análogas profesiones de tristeza encontramos en todos los líricos del Norte, y no ha de

atribuirse en ellos á influjo de la moda sentimental y llorona, pues muchas veces, como aquí advertimos, la expresión es natural, sencilla y sin rastro de amaneramiento, como que brota espontáneamente del corazón.

Huellas de un sentimiento más amargo, un tanto escéptico y *leopardino*, vislumbramos en la composición titulada *Una fiesta en mi aldea*, una de las más bellas que en esta colección figuran.

Hoy es fiesta, hay romería
Delante de mi balcón...
Huya ante tanta alegría
La eterna melancolía
Que me oprime el corazón.

El poeta quiere aturdirse con el estruendo y el bullicio de la romería, pero va descendiendo la tarde, y torna él á sus tristes meditaciones:

No bajeis mustias la frente
Mirando el placer huir;
No mireis al sol poniente
Que en las cumbres de occidente
Va ya trémulo á morir.

Suena la campana de la oración, y Silió describe los efectos de su solemne tañido en la alborozada multitud:

Cesó el alegre clamor
De las danzas bulliciosas;
Sólo suena en derredor

De mil preces misteriosas
El sordo y triste rumor.

Ya se alejan los que huyeron
Las montañas con afán
Y á la fiesta descendieron.
Pero ¡qué alegres vinieron
Y qué abatidos se ván!

Á ésta antítesis de *dolora campoamoriana* sigue la cavilación nocturna, que presenta evidentes analogías con la oda de Leopardi *La Sera del di de festa:*

Dolce e chiara é la notte e senza vento
E queta sopra i tetti, é in mezzo agli orti
Posa la luna, e di lontan rivela
Serena ogni montagna.....

Así comienza el admirable y desesperado poeta recanatense. Á imitación suya, pero convirtiendo en *triste* la *notte dolce* y *chiara* cantada por el italiano, (transformación natural en la poesía del Norte), y alterando también la pura y *clásica* sencillez de su modelo, que tomó de Virgilio el fondo de su descripción, dice el vate montañés:

Reina la noche triste: ni un acento
Turba su muda y pavorosa calma
Que espanto infunde al alma;
Calla dormida el ave, calla el viento
É invisible cruzando el valle umbrío,

Sume y ahoga su rumor profundo
Allá en la hondura de su cauce el río,
¡Tal debió ser antes que fuera el mundo
El eterno silencio del vacío!

. . . .

Oscuro está mi valle, el cielo oscuro
Y ay! oscura también el alma mía!
Mas á veces la luna entre el misterio
De las sombras riela en la montaña,
Y ahora del lejano cementerio
Sólo el recinto pavoroso baña!

Todo ello está discreta y poéticamente dicho, pero prefiero la concisión de Leopardi. El fondo de la composición es tan lúgubre en el uno como en el otro; pero en Silió, escéptico sólo en momentos dados, se vislumbra un rayo de esperanza que jamás ilumina los cantos del italiano. Saluda Leopardi á

—l' antica natura omnipossente
che mi fece all' afanno.

Y advierte que ni aún le queda la esperanza:

Á te la speme
Nego, mi disse, anche la speme é d' altro
Non brillin gli occhi tuoi se non di pianto.

Silió, por el contrario, no con esta fría impasibilidad y horrible resignación, sino con el acento de angustiosa duda, propio de tantos hijos de este siglo desventurado, exclama en voces dignas de un gran poeta:

Espíritus errantes que en el fondo
Donde la humana voz jamás retumba
Dejásteis ya el mortal légamo hediondo,
Venid, y á solas reveladme el hondo
Misterio de la tumba!....

¡Llegad! la noche que adorais umbrosa
Reina lóbrega aquí; todo sumido
En su profunda oscuridad reposa:
Mi espíritu os llama desprendido
De la materia odiosa!

¡Llegad! decid á mi mortal anhelo
Si con vosotros vaga,
Donde tendeis el invisible vuelo,
La dulce virgen que mi amor halaga
Cuando mi mente se remonta al cielo!

¡Llegad! decidme si á su bien unida
El alma, y desprendida
De la opresora terrenal corteza,
Verá que al fin de la mundana vida
La que en sus sueños imagina empieza!

Pero lo que sigue á esta magnífica invocación, bello también (no dudamos en afirmarlo) está inspirado por tan desconsolador escepticismo como los versos más horribles de Leopardi. Sin aprobar en nada el descaminado espíritu que los dictó, no puedo resistir á la tentación de transcribirlos:

Mas inútil clamor! la queja ruda
Exhalo en vano y el mortal gemido:
Mudos los cielos y la tierra muda.

Cuando el acento de la fe extinguido
Su voz levanta la angustiada duda,
Sólo responde á mi profunda pena
Que alza su grito para el bien en vano
La triste voz de la ansiedad ajena;
Que otra vez por mi mal allá lejano
El triste canto de la tarde suena:
Como esa flor que arrojas
Ya deshojada,
La flor se vá quedando de mi esperanza;
Y es dulce prenda,
Que mi llanto de fuego
Su tallo quema.

También esta idea del *canto lejano* es de Leopardi:

Ed alla tarda notte
Un canto che s'udia per li sentieri
Lontanando morire a poco á poco
Già similmente me stringeva el core.

Acabemos con la inspiración de nuestro malogrado ingenio, que termina tan dignamente como empezó, vislumbrándose de nuevo la esperanza:

Hórrido valle donde el duelo mora,
En medio de tu calma aterradora
Que el ánimo quebranta,
Hay un mortal que desvelado canta,
Pero es un triste que cantando llora!

¡Oh, tú que miras el anhelo mío
Volar del mundo á la región que adoro,
El ruego escucha que en mi afán te envío:
Ve, que en la noche del dolor sombrío,
También, si canto, cuando canto lloro!

El alma de Silió era creyente, y hasta fervor religioso se advierte en los poemas de que luego hablaremos, pero en el tiempo que residió en Madrid no logró sobreponerse del todo á la atmósfera de escepticismo y descreimiento que en algunos círculos se respiraba. Las conversaciones, la lectura de libros de mala filosofía por quien no era filósofo ni estaba suficientemente preparado para distinguir la ciencia y el sofisma, quebrantaron en ciertos instantes las creencias que en el hogar montañés aprendiera, y engendraron en su ánimo acerbas dudas y tristes desalientos que tal vez apresuraron su muerte, y que repetidas veces asoman en sus últimas poesías. Mas no es esto decir que cayera jamás en formal heterodoxia, porque su sano instinto le apartaba siempre del escollo, y como obraba y escribía más por sentimiento que por reflexión, su alma de poeta español y *septentrional* acababa por sobreponerse á las heladas doctrinas que reciamente combatían su espíritu. Comprendía que el artista no nace para sembrar dudas y dejarlas sin solución, sino para realizar el sublime fin, que él mismo cumplió en *Santa Teresa de Jesús* y en

la *Magdalena*, y que bellamente expresa en estos versos de una de sus composiciones líricas:

¡Cuántas veces á tu acento,
De la inspiración al grito,
Habrá apagado el lamento
Algún corazón sediento
De adivinar lo infinito!

¡Cuántas veces de tu canto
Volando algún alma al par,
Sobre este valle de llanto
Se habrá remontado tanto
Que habrá gemido al bajar.

¡Cuántas invocando al Ser
Que tu acento diviniza
Habrás conseguido hacer
Sobre la tibia ceniza
La llama ferviente arder!

¡Canta, pues, artista, canta
Con ese sublime anhelo
Que el espíritu agiganta,
Fija en la tierra la planta
Y la mirada en el cielo!

¡Canta, y que el mundo se asombre
Al volar del genio en pos
Á esos espacios sin nombre
Donde ya el alma del hombre
Siente el aliento de Dios!

La terrible duda del destino humano aqueja siempre á Silió en sus momentos de *escepticismo,* y le inspira dos de sus más notables

composiciones, *la Nave* y *la Vida.* En la primera con la usada alegoría de la nave, por él diestramente rejuvenecida, describe la humanidad bogando sin norte ni rumbo, entre peligros y borrascas:

Ya cruce las olas dormidas del lago,
Ya el ancha llanura del piélago vago
Que á veces en calma fatídica está,
Sin faro en la noche ni rumbo á lo cierto,
La nave en que el mundo se aleja del puerto
¿Quién sabe do boga? quién sabe do va?
Al soplo navega de varia fortuna
Por mar que el sepulcro separa y la cuna,
Y en su hórrido seno do impera el terror,
«Bogad» van clamando las almas á coro,
«Bogad do la dicha se compra con oro,
Do reina la gloria, do vive el amor».

En esta *barca de los locos,* como se decía en la Edad Media, navega también el poeta tan ciego y desalumbrado como los demás:

Y yo también bogo sin faro ni guía,
Buscando en la estensa llanura sombría
El puerto que un día mi mente soñó,
Y en vano pregunto con pena tan grave
A dónde navego; que nadie aquí sabe
A dónde en mi nave mañana iré yo!
Viviente lumbrera que allá en las alturas
Con férvida llama perenne fulguras,
Y á playas oscuras nos miras bogar,
Ó inflama la nave, ó ve la agonía

Del hombre que boga sin faro ni guía,
Del triste que fía del viento y la mar.

¡Triste influjo el de esta época descreida que así tiende á apagar en espíritus sanos y en corazones rectos la luz de la verdad, para dejarles tinieblas, dudas, y á la postre, desesperación! Nunca llegó nuestro poeta á tales estremos (lo repetimos), pero asediábanle sin cesar negros presentimientos, y la idea misma de los anteriores versos aparece, con mayor claridad aún, en la segunda de las composiciones citadas, que es una joya poética. Las caravanas que marchan por el desierto de la vida, engañadas por la esperanza, perdiendo á cada paso una ilusión, anhelantes de dicha siempre y sin ver el fin de su camino, forman un cuadro descrito con la mayor sobriedad y energía. No sobra una palabra en aquellas estrofas que hasta en un movimiento rítmico remedan el doloroso viaje de la humanidad; júzguese por el final:

Y aún avanza y aún lucha con su agonía,
Pero lejos, muy lejos trémula guía
La planta allí...
Seguirla ya no puede la vista humana...
Ya sólo Dios vé adonde la caravana
Marchando va!
Y así por el desierto yo peregrino
Apartar quiero en vano de su camino
Mis pasos hoy;

El mismo afán, la misma vereda tengo;
¡Y sólo el cielo sabe de dónde vengo
Y á dónde voy!
Y así generaciones sin cuento han ido
Perdiéndose á lo lejos, el pecho herido
Del mismo afán;
Así espiran las tristes glorias humanas
Y así por el desierto las caravanas
Pasando van!

Silió que, como casi todos los poetas de veras *subjetivos* tiene una sola cuerda en su lira, se repite mucho en pensamientos y en imágenes. Así encontramos reproducida con leves variantes la anterior en el lindo romance de *los viajeros,* que termina así:

Yo en el valle en vano ansío
Descubrir, tras nube tanta,
Si del sueño de la vida
Despiertan allí las almas
En las sombras de la noche
O á la luz de la alborada.
Sólo sé que al fin un día,
Tal vez hoy, quizá mañana,
La postrera voz que oimos
Me dirá: «despierta y anda»
Y me iré con los viajeros
Que trasponen la montaña.

Más apacible sentimiento se nota en las poesías tituladas: *Meditación, A Esperanza, A una niña,* de esquisita sencillez y primor en la ejecución artística.

Dos composiciones en cierto modo *eróticas* encierra el tomo de Silió, y en ambas se revela bien á las claras el carácter idealista y soñador que antes asignábamos á la poesía del Norte. El amor de nuestro vate se dirige á una sombra, á una creación de la fantasía, que no es una encarnación de la belleza como *la mujer que no se encuentra,* cantada por Leopardi, sino que es un resumen de todas las quimeras que agitan el alma y el pensamiento del poeta; y guarda sobre todo notable semejanza con la *inmortal amiga* de Laverde Ruiz,

Virgen etérea á consolar llamada
De un vate el perenal dolor
. . . .
Angel sublime de mis sueños de oro
En forma de gentil mujer...

Algo parecido debía de ser el *ideal* que perseguía Silió, y que le dictaba estrofas como las siguientes, comparables á las más celebradas de otros líricos contemporáneos, superiores á él en fama más que en merecimientos:

Yo te busqué en los campos del valle mío,
Por las montañas y el bosque umbrío,
Doquier que fuí;
Y al ver que tú encantabas otros lugares,
Mi amada aldea, mis dulces lares
Dejé por tí!
. . . .

Tal vez de los espacios del bien risueños,
En las quimeras de mis ensueños,
Bajar te ví;
Tal vez tendí los brazos, hallé el vacío
Y entre tinieblas el llanto mío
Brotó por tí!
Lamento misterioso de amor y pena,
Por tí doliente mi canto suena,
Por tí no más,
Por tí ferviente imploro los almos seres,
Y aun de tí lejos, ni sé quien eres
Ni dónde estás!
Viviente luz que ciego mi amor ansía,
Que triste llevas el alma mía
Del tuyo en pos;
Mujer á un tiempo y angel sin paz ni nombre
Que el bien me ofreces que puede el hombre
Lograr de Dios!
Virgen diosa del templo de mis placeres,
¿Cuándo, qué día sabré quién eres
Y dónde estás?....
Ay! en vano esta duda mi pecho afana;
Hoy mismo acaso!.... tal vez mañana!....
Tal vez jamás!....

No era ingenio vulgar el que tan reconcentrado sentimiento y tanta pureza de expresión ponía en sus cantos. No lo era el que escribió la bella canción *La cita en el valle,* modelo de intensa ternura y suavidad rítmica. Por donde quiera que abramos la colección de Silió hemos de tropezar con rasgos notables en el pensamiento y en la forma que le separan

en mucho de la grey de los *cantores* adocenados.

Publicó Silió un poema titulado *Santa Teresa de Jesús* y dejó comenzado otro de *La Magdalena*. ¡Qué asunto el primero para un poeta español y cristiano! La extática doctora avilesa, serafín abrasado en amor divino, heróica fundadora, nacida para revelar al mundo los más hondos misterios del *erotismo* sagrado, los regalados favores del celestial Esposo, y para penetrar cuanto en existencia terrena es dado, en el piélago de la bondad y hermosura divina, sin perderse en las torcidas corrientes panteísticas; intérprete, como ningún otro mortal, de la sublime armonía y del lenguaje de los ángeles que ella reprodujo con gracia de mujer, y de mujer castellana, en libros que (para valernos de la frase discretísima de un sabio profesor catalán) con ser de los henchidos *de más alta doctrina, más que libros semejan candorosa plática familiar. Porque en la alteza de las cosas,* añadiremos con Fr. Luis de León, *y en la delicadeza y claridad con que las trata, excede á muchos ingenios, y en la forma del decir y en la pureza y facilidad del estilo y en la grave y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale.* Y tan verdad es esto, que por una sola página de Santa Teresa pueden darse infinitos celebrados libros de

nuestra literatura y de las extrañas, y por la gloria que nuestro país tiene en haberla producido, cambiaría yo de buen grado, si hubiésemos de perder una de ambas cosas, toda la gloria militar que oprime y fatiga nuestros anales.

Los ingenios españoles profesaron siempre veneración grande al Angel del Carmelo, y entre las poesías á su loor consagradas en los siglos XVI y XVII las hay de Cervantes (1), de Bartolomé Leonardo de Argensola, de Lope de Vega, pero á todas exceden los versos de Doña Cristobalina Fernández de Alarcón (2), ***décima musa antequerana,*** que calificó de ***celestiales,*** y no sin razón, el volteriano y descontentadizo Gallardo. De poemas más extensos dedicados al recuerdo de Santa Teresa, los únicos que merecen especial alabanza son la ***Amazona cristiana*** de Fr. Bartolomé de Segura (Valladolid, 1619) más apreciable que por el contexto de la obra, por ciertas composiciones líricas que en ella se intercalan; y el notabilísimo ensayo de nuestro Silió.

Conveniente parece advertir que el asunto de Santa Teresa al par que grandes ventajas, ofrece no leves dificultades, una de ellas insuperable. No hay en el mundo prosa ni verso que

(1) Canción que comienza *Virgen fecunda, madre venturosa* en la *Relación de las fiestas hechas en Madrid y en toda España á la beatificación de la beata madre Teresa de Jesús,* por Fr. Diego de S. Josef. Madrid, 1618.

(2) Las quintillas *Engastada en risos de oro (Relación de las fiestas de Córdoba á la beatificación de Santa Teresa).*



basten á igualar, ni aun de lejos se acerquen, á cualquiera de los capítulos de la *Vida* que de sí propia escribió Santa Teresa, por mandado de su confesor; autobiografía á ninguna semejante, en que con la más peregrina modestia se narran las singulares *mercedes que Dios la hizo,* y se habla y discurre de las más altas revelaciones místicas con una sencillez y un sublime descuido de frase que deleitan y enamoran. Y como aquel estilo no se imita, y fuera vana presunción el intentarlo, y las más ricas preseas del tesoro literario no son suficientes para compensar su falta, el que acerca de tan divina mujer escriba, ha de quedar forzosamente inferior á ella con mucha distancia; y esta es sin duda la causa de que los versos de Silió que leídos por sí agradan y demuestran en su autor muy señaladas dotes poéticas, pierdan la mayor parte de su precio, puestos en cotejo con cualquiera de los capítulos de la sublime reformadora carmelitana. No es culpa del vate montañés; es la distancia que separa el cielo de la tierra, y que todas las fuerzas humanas no traspasarán jamás.

La *Santa Teresa de Jesús,* de Silió (1) no sigue la forma académica de los poemas

(1) *Santa Teresa de Jesús. Poema por D. Evaristo Silió y Gutiérrez. Madrid: Imprenta de la Compañía de impresores y libreros, á cargo de D. A. Avrial. 1867. 100 pp. 8.º*—Licencia del Vicario eclesiástico de Madrid, precedida de una aprobación suscrita por el Dr. Felipe Vázquez y Arroyo, 11 de Enero de 1867.

heróicos, sino la suelta y libre de las leyendas zorrillescas. No está escrita en compasadas octavas, sino en variedad de metros. En pos de una linda dedicatoria en alejandrinos viene una breve introducción en igual ritmo, briosamente escrita y versificada con gallardía, cual puede juzgarse por la siguiente muestra:

Sufriendo los rigores de inevitable suerte
En carcel que ceñida de eterna sombra está,
El mundo gira en torno del trono de la muerte
Sobre las huecas tumbas de los que fueron ya.
Cuando en ferviente anhelo levanta su querella,
Y un rayo le ilumina de la celeste luz,
Descubre entre las sombras la misteriosa huella
Que al pedestal conduce de la cristiana cruz.

. . . .

¿Qué voz mundana puede templar su amargo [duelo
Cuando anhelante mira y el porvenir no vé?
¿Qué bienhechor espíritu mostrarle puede el cielo
Si lejos de ella vuela el angel de la fe?

. . . .

Oíd: voy á cantaros la peregrina historia
De una mujer, de un angel que en esta vida fué:
Tal vez mi fe vislumbre un rayo de su gloria,
Tal vez vuestra alma alumbre un rayo de mi fe..

El poemita se divide en cuatro partes y en diecinueve capítulos ó cantos muy breves. La unidad *lógica* de la composición, está en el carácter de la santa heroina, y en las sucesivas

transformaciones por que su espíritu va pasando hasta llegar al más puro misticismo. Los infantiles juegos de la virgen de Ávila, las piadosas lecturas que hacía con su hermano, su tentativa de ir *á tierra de moros para que allí los descabezasen,* la muerte de su madre, la tentación mundana que llega á su alma en forma de libro de caballerías, las luchas internas en que triunfa al cabo el amor al ideal celeste, la entrada de Teresa en Religión, las persecuciones de la *Ira* y de la *Tibieza* vencidas y aniquiladas por el gigante espíritu de la doctora de Ávila, los tropiezos que opone el *Mundo* á los altos propósitos de la reformadora del Carmelo, sus fundaciones, sus extáticos raptos y su muerte constituyen el argumento y desarrollo de la piadosa leyenda de Silió. La narración está hecha con delicadeza y sobriedad notables, el lenguaje es poético sin asomo de afectación ni amaneramiento, y la versificación se desliza fluida y fácil como brotando de un manantial puro y abundante. Y sin embargo, el poema no satisface á quien conoce los libros de Santa Teresa, ni nos parece digno de su gloria, porque Silió no era bastante místico para identificarse con el misticismo de su heroina, ni bastante filósofo para comprenderle, y no sé si bastante poeta para encontrar palabras con que expresarle. Adolece además el poema de *Santa Teresa,* aunque nacido de pura creencia y escrito con ortodoxia sana, del defecto común

á casi todos los cantos religiosos de nuestra época, en que si sobra arte, faltan unción y fervor, mal grado, en ocasiones, de los poetas mismos. Falta es ésta difícil de remediar, porque la corrompida atmósfera que respiramos, influye más ó menos aun en los espíritus más apartados del contagio, y si hoy todavía es frecuente por dicha encontrar hombres de fe inquebrantable, no abunda la fe sencilla, abrasada y poderosa que levanta las montañas y produce todas las grandes maravillas del mundo moral y de la poesía religiosa. Por eso en el poema de Silió, aunque menos que en otros, desagrada á veces cierto tono de poesía profana, cierta profusión de mundanos arreos, que contrastan con el fondo ascético del asunto.

Aparte de este defecto muy disculpable, abunda la *Santa Teresa* de Silió en perfecciones literarias dignas de alabanza y estudio. Véase qué pureza de sentimiento y de expresión muestra la siguiente plegaria de la niña Teresa á la Virgen, después de la muerte de su madre:

Tú que nuestro duelo
Con amor consuelas,
Mira los pesares
Que lamento yo,

Tú que desde el cielo
Por él triste velas,
No me desampares,
Madre mía, no.

Ya que es mi destino
Que las penas mías
Llore en mis azares
Solitaria yo,

Tú que en el camino
De la fe me guías,
No me desampares,
Madre mía, no!

¿Qué pecho afligido,
Qué humana agonía
Paz sobre las aras
De tu altar no halló?

¡No, no has desoido
La plegaria mía!
No me desampares,
Madre mía, no!

El dulce y reposado tono de este fragmento, y la exquisita sencillez de la forma le hacen digno de los buenos tiempos de nuestra poesía sagrada semi-popular. Santa Teresa en su *Vida* sólo decía acerca de la muerte de su madre lo que sigue: «Cuando yo comenzé á entender lo que había perdido, afligida fuíme á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuése mi madre con muchas lágrimas». La oración que en su boca pone nuestro vate completa ésta vez dignamente el texto de la autobiografía teresiana.

Refiere la Santa en el cap. IX del mismo libro que hallándose su alma *cansada*, esto es, fatigada con tibiezas, acertó á ver una imagen

de Cristo llagado, *muy devota,* y añade que «fué tanto lo que sintió de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que le pareció que el corazón se le partía, y arrojose cabe él con grandísimo derramamiento de lágrimas, suplicándole la fortaleciese ya de una vez para no más ofenderle». Hé aquí cómo interpretó Silió esta situación capital en el espíritu de la contemplativa religiosa:

—«Señor, bendito seas! que abrase eternamente
Mi seno por tí solo la llama del amor!
Como el sediento ciervo las aguas de la fuente,
Desea el alma mía tu celestial favor!
Que un rayo de tu gloria mi obscura senda alumbre,
Y en ella ya mi planta no detendré jamás,
Y avanzaré gozosa subiendo hasta la cumbre
Donde mejor te vea, donde te adore más!»
Así Teresa dijo, y enmudeció arrobada,
La imagen contemplando de su divino amor...,
¿Quién sabe lo que entonces le dijo en su mirada
Resplandeciente y pura su angelical fervor!

Oportunísimo es aquí el recuerdo del *Quemadmodum desiderat cervus fontes aquarum.* No lo es menos el de una antigua redondilla castellana en la descripción de la muerte de Santa Teresa, de la cual sólo extractaremos algunas estrofas en obsequio de la brevedad:

«Ven, clamaba, dulce muerte
Pero ven tan escondida
De mi ser,

Que no te vea; que al verte
Temo recobrar la vida
De placer!»
Entre tanto un dulce coro
De enamoradas esposas
Del Señor,
Vertía á sus piés el lloro,
Las lágrimas fervorosas
Del amor
Y ella, que ya las dulzuras
Percibía en esperanza
Del Edén,
«Amad, suspiró, almas puras;
Que sólo amando se alcanza
Digno bien!
¡Amad, y al fin del divino
Amor la primer vislumbre
Viene ya,
Bendecireis el camino
Que os ha acercado á la cumbre
Donde está!»
Dijo, y al seno oprimía
Un trasunto que su encanto
Siempre fué,
Un crucifijo que había
Mil veces bañado en llanto
De su fe.

Cierra dignamente el poema un *Epílogo* escrito con alteza de pensamientos y robusta y acendrada versificación:

Mas ah! mi oscura mente ¿qué sabe del mañana?
¿Qué puede en sus profundos arcanos descubrir?

Tú los destinos sabes de la familia humana,
Tú el límite conoces del vago porvenir.
Tú sabes dónde espira la llama creadora
Que la materia esclava fecundizando va;
Tú ves el fin del mundo que desterrado llora,
Tú aproximarle puedes su término quizá.
Tal vez del Dios que un día mostro en su amor [profundo,
Al hombre esclavizadò la redentora cruz,
Tú sola alcanzar puedes que el abatido mundo
Levante hoy á la esfera del bien y de la luz.
Sí! tú que su almo trono mirabas dolorida
Desde esta oscura cárcel, asilo del pesar;
Inspírale, oh Teresa, oh mártir de la vida,
Que el angel de la muerte nos venga á libertar.

Indudablemente ardía en Silió algo del estro de los grandes líricos; su temprana muerte le impidió desarrollar las fuerzas de su ingenio, y aun dar cima á varias de sus obras poéticas. Tal aconteció con el poema *La Magdalena*, del cual sólo ha visto la luz pública el primer *cuadro* (1) excelente fragmento, comparable con los mejores de *Santa Teresa*, é inspirado por el mismo sentimiento melancólico de sus últimas composiciones líricas.

Del vate de Santa Cruz de Iguña conocemos además una leyenda *El Esclavo*, impresa en 1868. Escribióla Silió obedeciendo, según creemos, á un sentimiento noble y generoso pero

(1) En el libro titulado: *Desde el valle*, págs. 65 á 77.

un tanto sacado de quicio por la exaltación poética, y en la expresión no poco violento, cual puede juzgarse por estos versos de la invocación dirigida á *América:*

¿Qué mano misteriosa, qué potestad impía
De sirtes y de escollos, de abismos al través,
A tus ignotas playas llevó triunfante un día
La frágil carabela del náuta genovés?...
¿Qué fué ante tí la gloria del inmortal marino,
Cuando á la sombra inmensa de su triunfal pendón
Miraste que fraguaban tu mísero destino
El dolo y la codicia, la guerra y la opresión?
Tú viste de tus razas, tras hórrida agonía
Sumirse en hondo abismo la esclava multitud,
Tú viste á tus riberas llegar la tiranía,
Tú has visto ¡ay triste! luego, llegar la esclavitud.
. . . .
Mas cese tu agonía! La luz de la esperanza
Difunde ya en el cielo su dulce claridad,
Y ya tus nobles hijos han visto en lontananza
La nave que conduce tu virgen libertad.
Ya el mísero africano que entre tus brazos gime
He oido que á lo lejos responde á su clamor.....
Ya el mónstruo que esclaviza, y el angel que redime
Para el postrer combate recobran su valor.

No es la oportunidad lo que más distingue á estos magníficos versos escritos y publicados cuando ardía en Cuba una guerra cruel contra la madre patria, y dedicados, por añadidura, *á un liberal cubano.* Aplaudimos la indignación del poeta contra la espantosa iniquidad

de la esclavitud, pero en cuanto á las mezquinas ideas históricas y aun errores de hecho que encierran los primeros versos, si las consentimos de buen grado en poetas de fines del siglo XVIII, en Quintana por ejemplo ó en el portugués Filinto, no los aprobamos de igual manera en quien escribía cerca de un siglo después, cuando tales declamaciones estaban gastadas y eran hasta de mal gusto literario. Aquello de

Virgen del mundo, américa inocente...

ó aquello otro de

Geme América ao peso
Que insolente lhe agrava
Dos vicios a cohorte maculosa,
O veneno da Europa se derrama etc.

agrada en las odas *A la Vacuna ó La esclavitud* porque tiene allí el mérito de la novedad, sobre el de la expresión elegante y briosa, pero en escritores más modernos son *inocentadas* verdaderamente imperdonables.

Por lo demás la leyenda (1) que consta de diez capitulitos ó cuadros y se recomienda por

(1) *Biblioteca de la Voz del Siglo. El Esclavo, leyenda en verso, original de D. E. Silió y Gutiérrez.—Madrid, Imprenta de Tomás Fortanet, calle de la Libertad, núm. 21. 1868.* 62 páginas, 8.°, Dedicatoria *al distinguido liberal cubano D. N. Azcárate.*

la misma pulcritud y esmero de ejecución que todos los trabajos de Silió, nos parece, á pesar de esto, inferior en mucho al poema de *Santa Teresa* y á las composiciones líricas antes analizadas. La poesía pierde mucho en cuanto se pone al servicio de intereses sociales, políticos ó de cualquiera otra índole.

En el librito de Silió, que no es otra cosa que la triste historia de un pobre esclavo desde que se le arranca de las costas africanas hasta su muerte, hay verdadero sentimiento en muchos pasajes, sentimiento fácil de excitar por la condición del asunto; pero otras veces se entrega el vate á declamaciones no muy poéticas, más propias de arenga tribunicia ó de artículo de fondo que de una leyenda. Tampoco vemos clara la necesidad de introducir en su cuadro la repugnante figura de un sacerdote comprador y tirano de esclavos:

Ministro sólo de nombre,
Que eleva en la propia mano
El látigo del tirano
Y la cruz del Redentor .

. . . .

Un ministro del altar,
Un hipócrita inhumano
Que á Cristo en el templo adora
Y le vende en el hogar.

Todo esto puede disculparse en un libro de propaganda ó en una novela del género

progresista, pero sentimos verlo escrito por Silió, poeta de tan altas dotes y de tan simpático ingenio.

Además de las tres obras citadas publicó nuestro escritor en el periódico *La Voz del Siglo* una novela titulada *El Amor y la Patria*, y dió al teatro dos piececitas, una loa *á la Libertad*, escrita con motivo de la Revolución de Septiembre, y una zarzuela titulada *El Bardo de la Montaña*. Tenemos entendido que dejó inéditos tres dramas *Elena*, *Las Apariciones* y *La Tradición de la Aldea*; pero ignoramos su paradero. La índole de Silió que era enteramente lírica, nos parece poco adecuada á la poesía del teatro (1).

En resúmen, Evaristo Silió y Gutiérrez era lírico de egregias disposiciones, de profundo sentir y noble pensamiento, elegante y atildado al par que sencillo en la forma, en el lenguaje castizo, con raras excepciones, correcto y fluido en la versificación. A veces le falta nervio y robustez en el decir, suele adolecer de monotonía en las ideas y aun en las frases; su caudal poético no era muy rico. Pero así y todo ha dejado bastantes composiciones verdaderamente inspiradas que le alzan no poco sobre el nivel de los líricos de segundo orden. Nuestros lectores

(1) Aprovechamos gustosos esta ocasión para dar gracias á la familia de Silió, por habernos proporcionado noticias de este poeta.



han podido apreciarlo por las muestras arriba transcritas. Sirva este ensayo para despertar su recuerdo en los amantes de las cosas de nuestra provincia, que ni al poeta han de negar su estimación ni al crítico su indulgencia (1).

M. Menéndez y Pelayo.

Santander 23 de Abril de 1876.

(1) Doblemente la necesito ahora por consentir en la reproducción de este ensayo infantil (1897).

DESDE EL VALLE

DESDE EL VALLE

UNA TARDE

¡Tarde horrible! el horizonte,
La alta esfera, negro velo
Recubrió;
Triste, obscuro estaba el monte,
Triste el valle, triste el cielo,
Triste yo!

—

En medio al cuadro sombrío,
De pavura todo acento
Feneció;
Mudo estaba el manso río,
Muda el ave, mudo el viento,
Mudo yo!

—

De la aldea á la cabaña
Buscó un ser mi vista... en vano
Le buscó;
Sola estaba la montaña,
Solo el bosque, solo el llano,
Solo yo!

—

Y tras el negro horizonte,
Sólo el poder soberano
Que hoy logró,
Que ni una flor guarde el monte,
Ni una el bosque, ni una el llano,
Ni una yo!

—

Ah! del tiempo al honda saña,
Seremos en este arcano
Que él formó,
Polvo estéril la montaña,
Polvo el bosque, polvo el llano,
Polvo yo!

Á UN ARTISTA

Tal vez, cantor, cuando un hora
Su vista el hombre levanta,
Desde la cárcel do mora
Ve el ave que vuela y canta,
Mientras él cautivo llora!

—

Tal vez con mortal anhelo
Demanda en pena tan grave,
Por qué se remonta al cielo
Libre y venturosa el ave
Y él gime esclavo en el suelo!

—

Y en tanto que ciego anhela,
Porque del dolor la nube
Su triste mirada vela,

No ve el mundo á donde sube
Cuando en pos del genio vuela!

—

¡Cuántas veces á tu acento,
De la inspiración al grito,
Habrá apagado el lamento
Algún corazón sediento
De adivinar lo infinito!

—

¡Cuántas veces de tu canto
Volando algún alma al par,
Sobre este valle de llanto,
Se habrá remontado tanto
Que habrá gemido al bajar!

—

¡Cuántas invocando al Ser
Que tu acento diviniza,
Habrás conseguido hacer
Sobre la tibia ceniza
La llama ferviente arder!

—

¡Canta, pues, artista, canta
Con ese sublime anhelo
Que el espíritu agiganta,
Fija en la tierra la planta
Y la mirada en el cielo!

—

¡Canta, y que el mundo se asombre
Al volar del genio en pos
A esos espacios sin nombre,
Donde ya el alma del hombre,
Siente el aliento de Dios!!

8

UNA FIESTA
EN MI ALDEA

Á MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO CRÍTICO

D. JOSÉ ANTONIO ECHEVERRÍA

Hoy es fiesta; hay romería
Delante de mi balcón.....
¡Huya, ante tanta alegría,
La eterna melancolía
Que me oprime el corazón!

¡Ea danzadores, ¡ea!
¡Prosiga el baile campal!
¡Bailad, muchachas! que sea
La fiesta de nuestra aldea
La más alegre del val!

Hacedlo, para que así
La lengua envidiosa calle
Que murmura por ahí,
Que es de las fiestas del valle
La más triste la de aquí.

—

Pero... ¿por qué gime aquella?...
Siempre la misma querella:
Él ingrato, y ella infiel!...
Que apague sus ayes ella,
Que oculte sus celos él;

—

Y á bailar, que causa el llanto
A la alegría rubor,
Y el caso no es para tanto;
A bailar, y oído al canto.—
¡Vaya una copla, cantor!

—

Como esa flor que arrojas
Ya deshojada,
La flor se va quedando
De mi esperanza:
Y es, dulce prenda,
Que mi llanto de fuego
Su tallo quema!

—

¡Así, muchachas, así
Se goza hasta el frenesí;
Dá la música al plácido encanto,
En vértigo loco girando al danzar;
Siguiendo el compás del canto,
Mas sin oir el cantar!

—

¡Reid, gritad á porfía,
Mientras dobla la canción
Que aumenta vuestra alegría,
La eterna melancolía
Que me oprime el corazón!

—

¡Ea! danzadores, ¡ea!
¡Prosiga el baile campal!
¡Bailad, muchachas! que sea
La fiesta de nuestra aldea
La más alegre del val!

—

No bajeis mústias la frente
Mirando el placer huir;
No mireis al sol poniente
Que en las cumbres de Occidente
Va ya trémulo á morir!

—

Si hoy una flor se marchita...
¡Pero qué! ya no se agita
Ninguno en el baile?... ah!
La campana de la ermita
Pide una plegaria ya.

—

—Cesó el alegre clamor
De las danzas bulliciosas,
Sólo suena en derredor
De mil preces misteriosas
El sordo y triste rumor.

—

Ya se alejan los que huyeron
Las montañas con afan,
Y á la fiesta descendieron....
Pero ¡qué alegres vinieron!
Y ¡qué abatidos se van!

—

Todos se alejan.... ¡ah! cuánto
Crece mi eterna aflicción!
Todos se alejan, y en tanto,
Yo me quedo en mi quebranto
Mudo y solo en mi balcón!....

———

Reina la noche triste; ni un acento
Turba su muda y pavorosa calma
Que espanto infunde al alma;
Calla dormida el ave, calla el viento,
É invisible cruzando el valle umbrío,
Sume y ahoga su rumor profundo
Allá en la hondura de su cáuce el río:
¡Tal debió ser, antes que fuera el mundo,
El eterno silencio del vacío!
Horrible soledad, lúgubre y hondo
Misterio por do quier: inmoble, inerte,
Cuanto del valle se agitó en el fondo
Halla en su fondo ya lecho de muerte.
Llenan en tanto de su gasa umbría,
Nublando el azul puro,
Siniestras nubes la región vacía:
Oscuro está mi valle, el cielo oscuro,
Y ¡ay! oscura también el alma mía!
Mas á veces la luna entre el misterio
De las sombras riela en la montaña,
Y ahora del lejano cementerio
Sólo el recinto pavoroso baña!
—Espíritus errantes que en su fondo,
Donde la humana voz jamás retumba,
Dejásteis ya el mortal légamo hediondo.
Venid, y á solas, reveladme el hondo
Misterio de la tumba.....
¡Llegad! la noche, que adorais umbrosa,

Reina lóbrega aquí; todo sumido
En su profunda oscuridad reposa,
Y mi espíritu os llama desprendido
De la materia odiosa!
¡Llegad! decid á mi mortal anhelo,
Si con vosotros vaga
Donde tendeis el invisible vuelo,
La dulce vírgen que mi amor halaga
Cuando mi mente se remonta al cielo!
¡Llegad! decidme si á su bien unida
El alma, y desprendida
De la opresora terrenal corteza,
Verá que al fin de la mundana vida
La que en sus sueños imagina empieza!
Mas inútil clamor! la queja ruda
Exhalo en vano y el mortal gemido;
Mudos los cielos, y la tierra muda,
Cuando el acento de la fe extinguido,
Su voz levanta la angustiosa duda!
Sólo responde á mi profunda pena
Que alza su grito para el bien en vano,
La triste voz de la ansiedad agena;
Que otra vez por mi mal allá lejano
El triste canto de la tarde suena:

Como esa flor que arrojas
Ya deshojada,
La flor se va quedando
De mi esperanza;

Y es, dulce prenda,
Que mi llanto de fuego
Su tallo quema!

Hórrido valle donde el duelo mora,
En medio de tu calma aterradora
Que el ánimo quebranta,
Hay un mortal que desvelado canta,
Pero es un triste que cantando llora!
¡Oh! tú que miras el anhelo mío
Volar del mundo á la región que adoro,
El ruego escucha que en mi afán te envío
Ve que en la noche del dolor sombrío
También, si canto, cuando canto lloro!

16

LA NAVE

Allá va la nave;
¿Quién sabe dó va?
¡Ay! triste el que fía
Del viento y la mar!
(ESPRONCEDA)

Oscuro está el cielo, oscuro está el monte;
Las cumbres velando y el rojo horizonte
Desplega la sombra su lóbrego tul;
Y allá entre las nubes, incierta derrama
En trémulos rayos su pálida llama
La luna que argenta la bóveda azul!

—

En calma sombría
Los mares están,
Y allá va una nave:
¿Quien sabe dó va?
¡Ay! triste el que fía
Del viento y la mar!

—

Ya cruce las olas dormidas del lago,
Ya el ancha llanura del piélago vago,
Que á veces en calma fatídica está,
Sin faro en la noche, ni rumbo á lo cierto,
La nave en que el mundo se aleja del puerto,
¿Quién sabe dó boga? quién sabe dó va?

—

Al soplo navega de varia fortuna
Por mar que el sepulcro separa y la cuna,
Y en su hórrido seno do impera el terror,
«Bogad» van clamando las almas á coro,
«Bogad do la dicha se compra con oro,
Do reina la gloria, do vive el amor!»

—

Y allá va la nave:
¿Quién sabe dó va?
¡Ay! triste el que fía
Del viento y la mar!

—

Espuma es el rastro, la efímera estela,
Y el viento violento, que agita la vela,
La envuelve en las ondas movidas por él,
Y allá, do la vista del hombre no alcanza,
Edenes simula falaz la esperanza,
Y á rocas desiertas arriba el bajel!

—

En pos de la nave tinieblas y olvido;
La angustia en su seno, con rumbo torcido
De incógnitas leyes al fiero rigor,
Tal vez en los mares, que surca al acaso,
Mañana, la bruma rasgando á su paso,
Do busca la dicha, contemple el dolor.

—

Y allá va la nave:
¿Quién sabe dó va?
¡Ay! triste el que fía
Del viento y la mar!

—

Y yo también bogo sin faro ni guía,
Buscando en la extensa llanura sombría
El puerto que un día mi mente soñó;
Y en vano pregunto con pena tan grave,
Á dónde navego, que nadie aquí sabe
Á dónde en mi nave mañana iré yo!

—

Viviente lumbrera que allá en las alturas
Con férvida llama perenne fulguras,
Y á playas oscuras nos miras bogar,
Ó inflama la nave, ó ve la agonía
Del hombre que boga sin faro ni guía,
Del triste que fía del viento y la mar!

18

19

A UNA NIÑA

Ven, niña de azules ojos
Y de dorados cabellos,
Ven y dime, hermosa mía,
¿Por qué has bajado del cielo?
¿Por qué has venido á este valle
De duras espinas lleno,
Donde has entrado llorando,
De donde saldrás gimiendo?
¡Ah! tú en él de dar acabas
Ahora el paso primero...
¡Si supieras, angel mío,
Cuánto se sufre aquí luego!
No hay flor que no se marchite
Sobre este infecundo suelo,
Y eso que todos los días
Le sirve el llanto de riego!...

Ya verás, luz de mis ojos,
Cuando á realizar tus sueños
Del campo de la esperanza
Cruces los varios senderos,
Ya verás cómo las flores,
Que va tocando tu anhelo,
Son flores de secas hojas
Que lleva y deshace el viento.
Ya verás qué triste late
El corazón sin deseos
Cuando así van poco á poco
Las ilusiones huyendo!
Ya verás... mas no, no mires,
No cruces este desierto;
El que en él fija tu planta
Puede evitar tanto duelo.
Ve, niña de azules ojos,
Y de dorados cabellos,
Angel que plegas las alas
Al rumor de mi lamento,
Ve pues, y ruega al que escucha
De los ángeles el ruego,
Que te vuelva, hermosa mía,
Que te vuelva pronto al cielo!!

EL IDEAL

¿Quién eres? ¿dónde estás?

Desde la vez primera que el alma mía
La misteriosa melancolía
De amor sintió;
Desde el primer instante que mi cariño
Tornóse amante pasión de niño,
Te adoro yo!

—

Desde entonces tan sólo por tí amo y siento,
Y no respiro sino el aliento
Que tú me das,
Desde entonces contigo van mis placeres,
Y aún de tí lejos, ni sé quién eres,
Ni dónde estás!

—

Yo te busqué en los campos del valle mío,
Por las montañas y el bosque umbrío
Doquier que fuí;
Y al ver que tú encantabas otros lugares,
Mi amada aldea, mis dulces lares,
Dejé por tí!

—

De tus amores sólo sedienta el alma,
Partí en mi pena, placer y calma
Dejando atrás;
Por tí esquivé el encanto de cien mujeres,
Y aún de tí lejos, ni sé quién eres,
Ni dónde estás!

—

Tal vez de los espacios del bien risueños,
En las quimeras de mis ensueños
Bajar te ví;
Tal vez tendí los brazos, hallé el vacío,
Y entre tinieblas, el llanto mío
Brotó por tí!

—

Lamento misterioso de amor y pena
Por tí doliente mi canto suena,
Por tí no más;

Por tí ferviente implora los almos seres,
Y aun de tí lejos, ni sé quién eres,
Ni dónde estás!

—

¡Viviente luz que ciego mi amor ansía,
Que triste llevas el alma mía
Del tuyo en pos;
Mujer á un tiempo y angel sin faz ni nombre
Que el bien me ofreces que puede el hombre
Lograr de Dios!

—

Virgen diosa del templo de mis placeres,
¿Cuándo, qué día sabré quién eres
Y dónde estás?....
¡Ay! en vano esta duda mi pecho afana;
Hoy mismo acaso!.... tal vez mañana!....
¡Tal vez jamás!!

26

LA CITA EN EL VALLE

Amor que al cielo pedí yo un día
Virgen creada para mi bien,
La queja escucha que amor te envía,
Ven, alma mía,
Mi encanto, ven!
—Pálido y triste reflejo baña
La ancha pradera, que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Del sol los rayos se quiebran ya!

—

Tu amor disipe la sombra impía
Con que la duda nubló mi bien,
Antes que muera la luz del día,
Ven, alma mía,
Mi encanto, ven!
—Lívido y ténue reflejo baña
La ancha pradera, que sola está,

Y allá en la cumbre de la montaña
Del sol los rayos se apagan ya!

—

Amor que ciego busqué yo un día,
Dicha inconstante, mentido bien,
Postrer encanto del alma mía,
Tú mi agonía
Serás también!
—Ah, ni un reflejo los campos baña
En su llanura, que sola está,
Y allá en la cumbre de la montaña
Lóbrega reina la noche ya!

LA VIDA

A la voz que en sí propia sér y alma lleva,
Del gérmen de la vida surge una nueva
Generación;
Y nueva caravana, sin rumbo cierto,
Va indecisa del triste vital desierto
Por la extensión.

—

Su espíritu se inquieta, su anhelo crece,
De su inocencia el sueño se desvanece
Por siempre ya:
Su pecho por la dicha fugaz se afana,
Y así por el desierto la caravana
Marchando va.

—

Tal vez el bien vislumbra porque suspira;
Mas anda, y cuando cerca la visión mira,
Sú bien no ve;

Y así, presa mil veces del desencanto,
El arenal estéril riega con llanto
¡Su amante fe!

—

Tal vez su inútil marcha parar medita,
Mas la esperanza entonces tenaz le grita:
«Ve más allá...»
El bien, que hoy busca, espera lograr mañana;
Y así por el desierto la caravana
Marchando va!

—

En pós de anhelo tanto, de tanta pena,
Un día surgir mira sobre la arena,
Fascinador,
El oásis que, al ansia mortal abierto,
De palmas y de flores en el desierto
Labró el amor.

—

Ya la aridez no siente por do camina,
Ya sólo ve el recinto do se avecina
Su frenesí;
Sus ilusiones crecen, le invade ufana,
Y el angustioso viaje la caravana
Detiene allí.

—

Mas el Estío llega, y, á sus rigores,
Para su anhelo pierden palmas y flores
Su encanto ya;
Un nuevo desengaño su pecho afana;
¡Y otra vez el desierto la caravana
Cruzando va!

—

Y ya en vano su pena calmar procura,
Nuevos afanes halla, nueva amargura,
La dicha no.
¡Que en el triste desierto, do anhela tanto,
Sólo se halla el oásis de breve encanto
Que atrás dejó!

—

Y aún avanza, y aún lucha con su agonía;
Pero lejos, muy lejos, trémula guía
La planta allá...
Seguirla ya no puede la vista humana...
¡Ya sólo Dios ve á dónde la caravana
Marchando va!

—

Y así por el desierto, yo peregrino,
Apartar quiero en vano de su camino
Mis pasos hoy,

El mismo afán, la misma vereda tengo;
¡Y sólo el cielo sabe de dónde vengo
Y á dónde voy!

—

Y así generaciones sin cuento han ido
Perdiéndose á lo lejos, el pecho herido
Del mismo afán;
Así espiran las tristes glorias humanas,
Y así por el desierto las caravanas
Pasando van!

A ESPERANZA

Presa del duelo con que el alma olvida
De ayer los sueños hoy,
Por el árido yermo de la vida
Doliente y sólo voy!

—

Y aunque de mi vereda el fin incierto
Mi espíritu no vé,
Me espanta la extensión de este desierto
Donde he fijado el pié!

—

Mas ah! si alguna vez pregunto dónde
Mi pena fin tendrá,
Un eco misterioso me responde:
«¡Camina, más allá!...»

—

Yo conozco la voz que en mi agonía
Me alienta y calma así:
¡Ay! mísero de mí si calla un día,
¡Ay! mísero de mí!

—

Ella tan sólo á prometerme viene
Un término á mi mal:
Ella, la voz de la virtud que tiene
Un nombre al tuyo igual!

—

Ruégale, pues, que en la vereda mía
me aliente siempre así;
Que ¡ay! mísero de mí, si calla un día,
¡Ay! mísero de mí!

MEDITACIÓN

Los pensamientos que me entristecen
¿De dónde vienen? ¿á dónde van?
ZORRILLA.

Los pensamientos que me entristecen
¿De dónde vienen? ¿á dónde van?
Cuando á mí llegan mi fe oscurecen,
Y cuando lejos desaparecen,
Crece mi amargo, doliente afan!

—

¿De dónde vienen?—Mi fe lo ignora.
Tal vez del alma, que esclava llora,
Vagos recuerdos de dicha son.
¿A dónde vuelan?—Mi afan no sabe,
Si á un mundo suben donde él no cabe,
O dentro espiran de su región.

—

Yo sólo alcanzo su amargo duelo
Cuando en mí paran su errante vuelo,
Y cuando dejan, de mí al pasar,
En el vacío suspensa el alma,
Cual débil nave que triste calma
Detiene en medio del ancho mar!

—

Y en esta vaga región oscura
Tal vez las sombras de mi amargura
Pasar con ellos jamás veré,
Hasta que el alma triunfal remonte
Su vuelo en busca de otro horizonte
Que ansiosa mira mi eterna fe!

—

En tanto, lejos de su esperanza,
El alma mía, que el bien no alcanza,
Gimiendo vive con hondo afan;
¿Por qué entre sombras mis penas crecen?
Los pensamientos que me entristecen
¿De dónde vienen? ¿á dónde ván?...

Á LA SEÑORA

D.ª JUANA FERNÁNDEZ DE ANSORENA

EN SUS DÍAS

Un férvido canto de varia armonía,
De rápidas notas y plácido son,
Alzar hoy del arpa que pulso quería,
Queriendo que hiciera mayor tu alegría
Mi alegre canción!

—

Mas vano mi intento, feliz cantinela
Del arpa que pulso no pude elevar,
Porque ¡ay! á su acento que lánguido suena,
Tan sólo las trovas que inspira la pena
Me es dable cantar!

—

Y en vano me finjo la dicha cercana,
Y alzar quiero un punto la voz del placer,
Pues voz más potente me grita inhumana
Que en triste recuerdo se torna mañana
La dicha de ayer!

—

Y en vano, buscando del gozo la idea,
Hoy vuela mi mente do un tiempo le ví,
Do gira la danza feliz de mi aldea,
Que hoy sólo el alarde risueño campea
Del júbilo allí!

—

Allí de la bella, que oyó sus clamores,
Hoy orna el amante la agreste mansión
Con rústicos ramos, y cintas, y flores
Que emblema sencillo de dichas y amores
Pacíficos son.

—

La pura alegría que el alma recrea,
Los dulces placeres hoy reinan allí;
Mas hoy del mañana me finjo la idea,
Y en triste reposo contemplo la aldea
Do el júbilo ví!

—

Un sol que declina con ténues fulgores
Tras árida cumbre nublándose va,

Suspiran los tristes nocturnos rumores,
Y secos los ramos, y mustias las flores,
Deshójanse ya!

—

Así lo que emblema de gozo es un día
Se nubla, á mis ojos, del tiempo al través;
Y así, cuando quiero cantar la alegría,
Mi mente contempla la pena sombría
Que llega después!

—

Por eso, perdona si mi cantinela
No pude hoy, amiga, feliz entonar;
Que el arpa en mis manos alegre no suena,
Que sólo las trovas que inspira la pena
Me es dable cantar!

40

LOS VIAJEROS

Á MI MUY ESTIMADO AMIGO EL CONOCIDO JURISCONSULTO

Y PUBLICISTA DON NICOLÁS AZCÁRATE

Allá cuando yo era niño,
Mi candorosa ignorancia
Creyó que el mundo era sólo
El valle do yo moraba.
Llegué á conocer las penas,
Supe alzar una plegaria,
Y aun al decir: «suspiramos
En este valle de lágrimas»,
Mi mente no trasponía
La cumbre de las montañas.

—

Cuando cruzando mi aldea
Los caminantes pasaban,
Y mi vista los seguía
Por la senda solitaria,
Mientras ellos poco á poco
Monte arriba se alejaban;
Al mirarlos de la sierra
Tras la cumbre más lejana
Como sombras abismarse,
Yo entre dudas meditaba:
«¿A dónde irán los viajeros
Que trasponen la montaña!»

—

Llegó un día; mi destino
Me dijo: «despierta y anda»,
Y alejados para siempre
Los ensueños de mi infancia,
A mi vez yo monte arriba
Seguí con trémula planta
Aquella senda por donde
Los viajeros se alejaban.
Traspasé la agreste sierra,
Llegué á la cumbre más alta,
Vi otros valles y otros montes;
Vi otro mundo en lontananza!...
Y me fuí con los viajeros
Más allá de la montaña.

—

Caminando y meditando
Por las tierras ignoradas,
Huyó el niño, quedó el hombre,
Y otras dudas hoy me asaltan.
Hoy que tristes ya los ojos
He mirado con el alma
Y he visto que el mundo entero
No es sino un valle de lágrimas,
Cuando sigo con la mente
Los caminantes que pasan
Y se abisman tras la cumbre
Do la muerte los aguarda,
Otra vez, como en mi valle,
Pienso entre dudas amargas:
«¡A dónde irán los viajeros
Que trasponen la montaña!...»

—

En la cima de ese monte
Detenida mi esperanza,
Que ora ve risueños campos,
Ora estériles comarcas,
Yo en el valle, en vano ansío
Descubrir, tras nube tanta,
Si del sueño de la vida
Despiertan allí las almas
En las sombras de la noche,
O á la luz de la alborada.
Sólo sé que al fin un día,

Tal vez hoy, quizá mañana,
La postrera voz que oimos
Me dirá: «despierta y anda»;
Y me iré con los viajeros
Que trasponen la montaña!

LA MAGDALENA

FRAGMENTO

INTRODUCCIÓN

Sus alas una noche tendió sobre Judea
El amoroso espíritu que al mundo anuncia el bien,
Y un eco misterioso para la humana idea,
Así clamó en los aires y resonó en Belén:

—

«Levanta ya la frente
Oh! mísera mortal,
La luz que tu alma anhela
Mañana brillará!

—

Y en tanto entre los turbios vapores del Mar Muerto,
Donde el Cedron sepulta su despeñado mar,
Más triste que gemido del viento en el desierto
Clamó otra voz que oía Bethania resonar:

—

«Del templo de Magdalo
Tú á ser la diosa vas,
Yo velaré á tus ojos
La oscura eternidad!

—

Y así los dos acentos
Llevados de los vientos
Nocturnos á la par,
En la extensión perdidos
Sonaron confundidos
De nuevo al espirar:

—

«Yo velaré á tus ojos
La oscura eternidad!»
¡La luz que tu alma anhela
Mañana brillará!!

CUADRO PRIMERO

Trémulo el sol que declina
Por el lejano horizonte,
Se vela tras la neblina
De la mar occidental,
La noche avanza y sombrea
La extensión de Galilea,
Que aún ve las cumbres del monte
Y los abismos del val.

—

Aún ve el Líbano do al cielo
Su copa el cedro avecina,
Los rosales del Carmelo
Y el palmar de Gelboé,
Y del aura vespertina
Movidas al blando halago,
Las rizas ondas del vago
Lago de Genessaret.

—

Mas cierra la noche, y brilla
Súbito deslumbradora
Del manso lago á la orilla
Y en su líquido cristal,
Una mansión que atesora
En su fantástico espacio
La riqueza del palacio
De una princesa oriental.

—

Las áureas telas de Tyro,
La pérsica pedrería,
Los primores del retiro
Del más remoto confín
Muestra allí un salón de rara
Y seductora armonía,
Que al regalo se prepara
De un expléndido festín.

—

Ceñida la altiva frente
De las perlas más preciadas,
Rica de gala explendente,
Allí Magdalena está;
Pero tristes sus miradas
Por aquella estancia giran,
En cuyo ambiente se aspiran
Los aromas de Sabá.

—

Y «vano intento» murmura:
«Loca esperanza! el encanto
De mis sueños de ventura
No cabe en esta región!
Las horas pasan, y en tanto
No halla el pensamiento mío
Con qué llenar el vacío
Que siento en el corazón!

—

Los eternales amores
Que viven del sentimiento,
Esos únicos fulgores
Que lanza la dicha aquí,
Tal vez por mi mal profundo,
Pierden su brillo á mi aliento...
Tal vez no hallaré en el mundo
Quien me los inspire á mí!...

—

¡Ah! ¿por qué así el alma anhela
La dicha que aquí no alcanza
Cuando la duda nos vela
Otra región más allá?
¿Por qué la incierta esperanza
Por espacios peregrina
Que ya la fe no ilumina
Ni el alma vislumbra ya?

—

¡Si miro la noche oscura
Del porvenir, sólo miro
La sombra de la amargura,
La dicha que anhelo, no!»—
Aquí del alma doliente
Lanzó un amargo suspiro,
Y una lágrima ferviente
De su pupila brotó!

—

—¡Fatal mudanza de vida!
Clamó á este punto, afligida
Una anciana servidora
Que la oía suspirar;
No busques en Galilea
La paz que tu alma desea,
Vuelve á Bethania, Señora,
Vuelve á tu tranquilo hogar!

—

Allí sin desvelo tanto,
Y libre, gracias al cielo,
De este profundo quebranto,
Siempre tranquila te ví;
Reprime el funesto anhelo
Que de tu lares te aparta,
Mira que Lázaro y Marta
Viven felices allí!»

—

—«Te engañas, Dina, entre enojos
Le replicó Magdalena,—
La paz que allí ven tus ojos
No es la dicha que amo yo;
Vida de encanto más llena
Busca mi afanoso empeño;
Pero esa paz que es el sueño
Del alma rendida, no!

—

¡Antes que esa vida inerte,
Flor sin color ni fragancia,
Que me depare la suerte
La del inquieto pesar!»
Dijo; y cruzando la estancia,
Su reflejo deslumbrante
Fijó su vista delante
De la piedra especular.

—

Prendió en la diadema, orlada
De refulgentes destellos,
Las hebras de sus cabellos
Sueltas al aura sutil,
Ciñó al talle peregrino
La ancha túnica nevada,
Y dió al manto purpurino
La airosa forma gentil.

—

Fingió en su semblante el blando
Aspecto de la alegría,
Cerca la córte mirando
Que á la fiesta convocó,
Llenó el vecino aposento
Fantástica melodía,
Y el plácido arrobamiento
De la velada empezó!

***

Reinaba en la fiesta de un sueño el encanto,
En ella prestaban al dulce placer
La altiva fortuna su expléndido manto,
Su faz la belleza, el genio su canto,
Su luz el saber.

—

El alma hechizada soñaba y sentía
El hálito á un tiempo del gozo y la paz,
Que, presa entre tantos placeres, había
Parado en la estancia la inquieta alegría
Su vuelo fugaz.

—

Mas fué; la velada gentil desparece
Nublando en la sombra su vivo explendor
Las galas se ocultan, la luz palidece,
Y en flébil murmullo se torna y fenece
Su alegre rumor.

—

La extrema armonía que lánguida suena
Se apaga del triste salón al través,
Y ausente ya el gozo, sus ámbitos llena
La pálida y muda visión de la pena
Que llega después.

—

Y allí solitaria y en hondo quebranto,
Mirando en la mente la dicha que huyó,
Está Magdalena que, en júbilo tanto,
Ni un punto del dulce benéfico encanto
Tranquila gozó.

—

La grata lisonja cantando á su oido
Más honda ha tornado su angustia fatal;
Un coro de amantes que lanza al olvido
Ha visto á su altiva belleza rendido,
Mas no su ideal.

—

Así la alegría de fúlgido vuelo
Nublada á sus ojos é incierta pasó,
Y así, redoblando su férvido anhelo,
Pasó la velada feliz, mas su duelo
Recóndito, no!

55

SANTA TERESA DE JESUS

POEMA

VICARÍA ECLESIÁSTICA

DE

MADRID Y SU PARTIDO

En cumplimiento de lo que V. S. me previene en su atento oficio de 10 del corriente, he examinado con el mayor esmero y detención el manuscrito en verso titulado SANTA TERESA DE JESUS, *que el Sr. D. Evaristo Silió y Gutiérrez, autor del mismo y de esta vecindad, tiene solicitado imprimir y publicar.*

El libro ha parecido al que suscribe bellísimo, literariamente considerado; y en cuanto á su fondo, nada contiene que se oponga al dogma católico, sana moral y hechos que han trasmitido hasta nosotros los escritores diversos, muy respetables y autorizados, que se han ocupado de la vida de esta Santa. Por todo lo cual creo que no hay inconveniente en que V. S. le conceda la licencia que para su impresión y publicación tiene solicitada.

Tal es mi parecer, salvo meliori. *V. S. sin embargo resolverá lo que fuere de su superior agrado.*

Dios guarde á V. S. muchos años. Madrid 11 de Enero de 1867.—Dr. Felipe Velázquez y Arroyo.—Ilmo. Sr. Vicario Eclesiástico de Madrid y su partido.

Madrid 12 de Enero de 1867.—Es copia.—Juan Moreno.

58

NOS EL DR. D. JOSÉ DE LORENZO Y ARAGONÉS,

PRESBÍTERO, VICARIO, JUEZ ECLESIÁSTICO ORDINARIO DE ESTA M. H. VILLA Y SU PARTIDO, ETC.

POR *la presente, y por lo que á Nos toca, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el poema que con el título de* SANTA TERESA DE JESUS, *ha compuesto y desea publicar D. Evaristo Silió y Gutiérrez, mediante que de nuestra orden ha sido examinado y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y sana moral. Madrid once de Enero de mil ochocientos sesenta y siete.*

DR. LORENZO

Por su mandado,
LIC. JUAN MORENO GONZÁLEZ

.60

SANTA TERESA DE JESUS

POEMA

Á TÍ

Enamorado espíritu, vivífica lumbrera,
Que ante mi anhelo apartas las sombras del dolor,
Que á la región sublimas, do la verdad impera,
Mis sueños terrenales de inmenso y puro amor!

—

Tu vivo rayo orienta mi mente oscurecida,
Tu aliento inmortal hace mi corazón latir;
Tú la esperanza sola de mi terrena vida,
Tú el sol que alumbra eres mi oscuro porvenir.

—

Por tí, la luz buscando desde este valle umbrío
Los ojos á la altura, como Teresa, alcé,

Por tí su queja amante remeda el canto mío.
Por tí le sube al templo de lo inmortal mi fe!

—

Si en él la voz escuchas de mi profundo duelo
Y el galardón me guardas que invoco en mi ansiedad,
Si á descender te aprestas para calmar mi anhelo,
¡No tardes, alma mía, no tardes, por piedad!

INTRODUCCIÓN

Sufriendo los rigores de inevitable suerte
En carcel que ceñida de eterna sombra está,
El mundo gira en torno del trono de la muerte,
Sobre las huecas tumbas de los que fueron ya.

Cuando en ferviente anhelo, levanta su querella,
Y un rayo le ilumina de la celeste luz,
Descubre entre las sombras la misteriosa huella
Que al pedestal conduce de la cristiana cruz.

Si pávido la evita, doliente ó loco avanza
De nuevo en angustiosas tinieblas á gemir;
Si férvido la emprende, descubre su esperanza
La inmensidad gloriosa que cela el porvenir.

—Tal es de los mortales el terrenal destino:
O entre tinieblas moran, ó siguen la virtud;
Mas ah! cuán pocos miran su resplandor divino!
¡Cuán ciega y triste yace la tibia multitud!

—Cautivos arrojados por la Eternal sentencia
Al fondo de esta cárcel de horrible oscuridad,

¿Qué es ¡ay! en pena tanta la mísera existencia,
Si el alma no vislumbra la eterna libertad?

¿Qué voz mundana puede templar su amargo duelo
Cuando anhelante mira y el porvenir no ve?
¿Qué bienhechor espíritu mostrarla puede el cielo
Si lejos de ella vuela el angel de la fe?

Ah! si tornais un punto al escuchar su nombre,
De su divina antorcha vuestra mirada en pos,
Oid el canto férvido que hoy brota, en bien del hombre,
Del arpa que en mis manos clemente ha puesto Dios!

Oid; voy á cantaros la peregrina historia
De una mujer, de un angel que en esta vida fué:
Tal vez mi fe vislumbra un rayo de su gloria,
Tal vez vuestra alma alumbre un rayo de mi fe!

PRIMERA PARTE

LA INOCENCIA Y LA FE (*)

I

Al despuntar la perfumada aurora
De claro día en la estación más bella,
Cuando las flores en los campos nacen,
Y en el cielo la luz, nació Teresa [1].
Venida al mundo para dar al hombre
Del verdadero amor sublime idea,
Comenzó á ser cuando de amor suspira
Cuanto del mundo en la región alienta.
Profetizando su vital destino
Al contemplarla por la vez primera,
Abrió la virgen tutelar del claustro

(*) Las notas al fin del poema.

De un monasterio las sagradas puertas,
Siguiendo entonces, el suspiro amante
Que ya exhalaba de su seno tierna,
Tendió mil veces jubiloso el vuelo
Su angel guardián á la ofrecida celda,
En pos dejando por el aire vago
Flotante, pura y luminosa estela.
Tal vez dijeron, de su cuna en torno,
Signos que hablaban á la fe sincera,
La alta virtud de que en sus tiernos años
Dió ya visibles y seguras muestras.
Cuando aún su labio angelical podía
Cabal palabra pronunciar apenas,
Ya dulces preces sublimaba al cielo,
En el perfume de la unción envueltas.
De los devotos monacales usos
Copias sus juegos infantiles eran,
Y sus pueriles fábricas, remedo
Del pobre albergue de cristiano asceta.
Así en su dulce y amorosa infancia,
Con los reflejos de la fe más bella,
Un día quiso dirigir sus pasos
A donde sólo el heroismo llega.

II

Era el fin de una tarde; era la hora
En que, velado, el luminar del día
Con rayos de mortal melancolía
Las altas cumbres de Occidente dora.
En su jardín, de un sáuce cobijada
Bajo el ramaje de rumor doliente,
Leía enajenada
Teresa un libro santo, acompañada
De un infantil y fervoroso oyente [2].
Era el libro una historia
Que, en pavoroso cuadro, á la memoria
La muerte de los mártires traía;
De aquellos héroes de la fe que un día
Probó el tormento y coronó la gloria;
Y presa de emoción el alma pura,
Clamó Teresa con acento blando,
Poniendo fin á la ejemplar lectura:
«¡Cuándo, Rodrigo, cuándo
Lograremos los dos igual ventura!»
—¿Ventura, hermana mía,
Replicó el niño con amargo duelo,

Juzgas ese tormento, esa agonía?
—Sí, que es ventura, padecer un día,
Siguió Teresa, si se gana el cielo!
Ya lo has oido: para siempre alcanza
El martir gloria y celestial bonanza;
Y á sus verdugos el Señor condena
A sufrir, sin consuelo ni esperanza,
Para siempre también horrible pena.
—¡Para siempre el tormento!
Repitió el niño con medroso acento.—
Y mirando del martir la victoria,
Clamó Teresa con febril contento:
¡Para siempre la gloria!!!—
Y cada cual, dentro del alma, en guerra
Con sus propios enojos,
Ella alzó al cielo los serenos ojos,
Y triste, el niño los fijó en la tierra.
Así mirando al eternal destino,
Rodrigo prosiguió con hondo anhelo:
—Y dí, Teresa, dí, ¿por qué camino
Vamos nosotros á ganar el cielo?
—Por el camino, respondió gozosa
La dulce niña, que seguir desea
Un alma fervorosa;
Dios abre al martir la mansión gloriosa,
Nuestro camino el del martirio sea.
Partamos á otra tierra, á Morería,
Donde tiene la Cruz tanto enemigo,

Y mártires allí muriendo un día...
Pero tiemblas?...—Ah! no, Teresa mía,
Si tú te alejas, partiré contigo!
—Pues bien, mañana al despuntar la aurora
Para tierra africana
Emprenderemos el camino; ahora,
Guarda el secreto, fortaleza implora,
Y hasta mañana, pues.—Hasta mañana.—
Calló, alejados ya, la voz ferviente
De entrambos niños, á la par que hundía
Su último rayo el sol en Occidente:
Cuando no pudo iluminar su frente,
Bajó la suya el luminar del día.

III

Brillaba en Oriente apenas
El resplandor matutino,
Cuando de Ávila salieron
Los dos fervorosos niños [3].
Iba tranquila Teresa
Mas, pesaroso, Rodrigo,
La vista tornando á veces
Lanzaba amargos suspiros.
Advirtiólo al fin la niña,
Y en suave acento le dijo:
¿Por qué vas triste? ¿Por qué
Suspiras, hermano mío?
¿Temes la pena que tantos
Con alegría han sufrido?
¿Temes lo que temen sólo
Las almas de los impíos?
—No, Teresa, no lo temo,
Respondió ferviente el tibio;
Ni la tortura me espanta,
Ni ante la muerte me aflijo;
Pero se tornan mis ojos

A nuestra vivienda, y miro
Que para siempre, á este punto,
De nuestros padres huímos;
Y por eso, hermana mía,
Sólo por eso suspiro.
Y así angustiado diciendo,
Vertió una lágrima el niño,
Que se unió sobre las flores
A una gota de rocío.
—Medita, siguió Teresa,
Medita que es el camino
Que vá derecho á la gloria,
El que conduce al martirio;
Medita que nuestros ruegos,
Mañana en el cielo oídos,
Abrirán á nuestros padres
Las puertas del Paraiso;
Medita, en fin, que esta ausencia
De vivir nos hace dignos
En su eterna compañía,
Y en eterno regocijo.
—Sí, sí, dices bien, Teresa,
Clamó alegre el afligido,
¡En su eterna compañía,
Y en eterno regocijo!
Oh! apresuremos el paso,
Que ya no dudo ni gimo!—
Esto trataban los dos

Infantiles peregrinos,
Cuando súbito encontraron
Con un deudo muy su amigo,
Con un anciano que al verlos
Preguntólos sorprendido:
—¿A dónde tan de mañana,
A dónde vais, hijos míos?—
Bajó los ojos Teresa,
Ruborizóse Rodrigo,
Y ambos guardaron silencio
Sobre sus santos designios.
Interrogólos entonces
El anciano con más vivo
Interés, y al fin Teresa
Respondió en acento tímido:
—«Vamos á tierra de moros
A morir por Jesucristo».
¡Cómo, replicó el anciano
Maravillado al oirlo,
—¿Que vais á tierra de moros...
—A morir por Jesucristo,
Los dos niños repitieron
Entrambos á un tiempo mismo.
—Y ¿quién, continuó el anciano,
Os manda tal sacrificio?
—Nadie, respondió Teresa:
Vos lo sabeis, está escrito
Que el martir gana la gloria,

Y ganarla hemos querido.
—Pues bien, ordenó el anciano,
Tornad al hogar conmigo;
Que siguiendo aquí la senda,
Que hasta ahora habeis seguido,
Llegareis un día al cielo
Donde el justo tiene asilo,
Sin ir á tierra de moros
A morir por Jesucristo.—
Escucharon de su deudo
El mandamiento sumisos,
Y ambos al hogar tornaron
Tristes, por no haber podido
Partir á tierra de moros
A morir por Jesucristo.

IV

Siguiendo siempre con fervor la huella
Emprendida en sus años infantiles,
Y paz y gozo conquistando en ella,
Llegó Teresa hasta los doce abriles
Cual un querube candorosa y bella.
Bajo las alas de la fe adormida,
Tal vez soñaba contemplar sereno
El horizonte de su dulce vida,
Cuando fué el hora en que sintió su seno
Del mal primero la primera herida.
—Era una noche; en ansiedad constante,
Teresa contemplaba
El lívido semblante
De una enferma mujer agonizante,
A cuyo lado con amor velaba.
Mirábala Teresa suspendida,
Cual si intentase, en su dolor profundo,
De la enferma abatida
Infundir en el rostro moribundo
Un rayo más de animación y vida.

Pero inútil intento:
El silencio turbando, que ya apenas
Interrumpía su cansado aliento,
La agonizante suspiró: «Presiento
Que hoy... hija mía... cesarán mis penas.
Ansiosa en torno giro...
La vista amortigüada,
Y menos... cerca miro
Esta carcel terrena... en que aún respiro...
Que la región... de la eternal morada.
No sé qué extraño anhelo...
Dulcísimo y profundo
Me hace soñar... que en apacible... vuelo...
Voy poco á poco... abandonando el mundo...
Y poco á poco... vislumbrando el cielo.
Sí... sí... yo miro... miro...—En este instante
Por siempre enmudeció, y allá distante
Su último acento un eco repetía,
En tanto que Teresa, delirante,
La estrechaba clamando: «¡Madre mía!
¡Madre mía! ¿qué voz consoladora
Podrá mi pena mitigar ahora?
Mas súbito apagó su clamor blando,
La imagen dolorida contemplando
De la que es madre del mortal que llora.
Postróse, mitigada su amargura,
Ante la efigie virginal de hinojos
La niña sin ventura,

Y dijo, alzando los tranquilos ojos
Que tantas veces elevó á la altura:

Tú que nuestro duelo
Con amor consuelas,
Mira los pesares
Que lamento yo;
Tú que desde el cielo,
Por el triste velas,
No me desampares,
Madre mía, no!

—

Ya que es mi destino
Que las penas mías
Llore en mis azares
Solitaria yo,
Tú que en el camino
De la fe me guías,
No me desampares,
Madre mía, no!

—

¿Qué pecho afligido,
Qué humana agonía
Paz sobre las aras
De tu altar no halló?
¡No, no has desoido
La plegaria mía!

¡No me desamparas,
Madre mía, no! [4]

—

Dijo; mil veces con creciente anhelo,
Besó la efigie virginal, en calma
Sintió trocarse su profundo duelo,
Y en éxtasis de amor suspensa el alma,
Alzó gozosa la mirada al cielo!

78

SEGUNDA PARTE

LAS PASIONES

V

Reina la noche lóbrega;
Lanzando á treguas rojos
Fulgores de sus ojos,
En el espacio ciérnese
Fatídico Satán [5];
Retumba el eco lúgubre
De su siniestra boca,
Y así su voz convoca
A la legión de espíritus
Que al mando suyo están:

«En calma un punto á los mortales míseros
»Vivir dejad,

»Rasguen las alas que os presté la atmósfera;
»Venid, llegad!»

—

Dijo; y cual viva ráfaga,
Magnética su voz,
Alzó hasta sus piés súbita,
Alígera legión.

—

Tiende Satán la temblorosa diestra
De pálido marfil,
Y la heroina valerosa muestra
que es fuerza combatir.

—

A la señal de su caudillo, mira
El lúgubre escuadrón,
Y ve una virgen, cuya fe le inspira
Colérico terror.

—

«¡Cómo!» irritado Belcebú rebrama
Al pávido tropel,
»No hay quien se atreva á sofocar la llama
Que alienta esa mujer?

—

Y al ver que aun débil su legión la mira
Y retrocede más,

Sus alas hace rechinar de ira
Frenético Satán!

—

De sus pupilas irritadas lanza
Centellas de furor,
Y hacia su hueste temblorosa avanza
Que ceja en confusión.

—

Ruge y se agita, se apacigua y ruega,
E impávidas al fin,
La loca Vanidad y la Ira ciega
Se aprestan á la lid.

—

Retiembla el rey de la legión precita
Al verlas á sus piés,
Y señalando hacia la tierra, grita:
«Partid! volad! venced!»

—

Dijo, y escuchada apenas
La imperiosa ordenación,
El aéreo conciliábulo
Súbito desapareció.

LA VANIDAD

VI

Melancólica la luna
Envía límpido al suelo
Su fulgor;
Es de esas veladas una
En que el hombre mira al cielo
Con amor.

—

Sin saber por qué se afana,
Teresa suspira y ora
Con pesar
De su albergue á la ventana,
Que una planta trepadora
Sube á orlar.

—

Posa en la diestra la frente
Con el lánguido desmayo
Del dolor,

É ilumina dulcemente
De la luna al tibio rayo
Su candor.

—

Funesta melancolía
La ha trocado en amargura
La quietud,
La dulce y santa alegría,
Que infunde en el alma pura
La virtud.

—

Y aunque en las horas serenas
De la noche solitaria
Suele orar,
Hoy su labio puede apenas
Fervorosa una plegaria
Pronunciar.

—

Y como en vano procura
Levantar su tibio ruego,
Busca y ve
Un libro cuya lectura
Aviva en el alma el fuego
De la fe.

—

Mas al tender á él la mano,
Contempla maravillada
Dél en pos,
Un nuevo libro profano,
Y se siente cautivada
Por los dos.

—

Duda, vacila angustiosa,
Y de su virtud en tanto
Por triunfar,
La Vanidad engañosa
Hizo en su pecho este canto
Resonar:

—

«¡Cuán ilusa, cuán ciega se afana
El alma que insana,
De las dichas combate á través!
¡Cuánto ¡ay triste! si triunfa en su anhelo,
Verá sin consuelo
La funesta victoria después!

—

En la lucha fatal combatidas,
Sus nunca sentidas
Ilusiones huyéndola van;
Y ¡ay! un día al buscar su tesoro
Inutil su lloro
Y sus quejas dolientes serán!

—

Oye, niña, la voz del destino
Que en nuevo camino
Te demanda que muestres tu ardor,
Donde ofrecen, en doble victoria,
Laureles la gloria
Y delicias sin fin el amor.

—

Viva llama ilumina tu mente
Porque orne tu frente
La corona del genio sin par,
Y tu faz, tu mirada fulgura
Radiante hermosura
Porque hechices de amor al mirar.

—

Canta un punto, y tu lira de oro
En férvido coro
Loarán los cantores después;
Que en tus mágicas gracias se miren,
Y harás que suspiren
Cien galanes de amor á tus piés.

—

Cuantas dichas el alma imagina,
La suerte destina,
Si obedeces su voz, para tí:
Baja, pues, la mirada del cielo,
Y busque tu anhelo
Sus fantásticos goces aquí.—

—

Calló la voz que sentía
Dentro del alma Teresa,
Y á su vago encanto presa
De extraña y honda ansiedad,
Cruzar vió en su fantasía,
Tras quiméricas ficciones,
Las funestas ilusiones
De la humana vanidad.

—

Por su brillo fascinada
Siguió anhelante su vuelo,
Y á su vista alzando el velo
De un mundo deslumbrador,
Cautivaron su mirada,
Sobre tantas brilladoras,
Las visiones seductoras
De la gloria y del amor.

—

Abrió su pecho inocente
A su mágica dulzura,
Y suspendiendo la mente
En plácida vaguedad,
Ideó una dicha pura,
A la vez, y deleitosa,
Que no se encuentra en la odiosa
Y mezquina realidad.

—

Ávida el libro profano
Leyó, buscando su anhelo
Entre sus héroes, en vano,
El ideal de su amor;
Mas pensó, siguiendo el vuelo
De su ardiente fantasía,
Que ella imaginar podía
Una leyenda mejor.

—

Huyendo, pues, desdeñosa
El libro vano y mezquino,
Su altiva mente amorosa
Comenzó el suyo á idear,
Y feliz siguió su empeño
Realizando hasta que vino
El espíritu del sueño
Sus sentidos á embargar.

VII

Desde el instante en que al fatal encanto
Cedió Teresa de la voz liviana,
Juzgó este valle de aridez y llanto,
Campo fecundo de la dicha humana.
—¡Así deslumbra, al desplegar su manto,
Explendoroso, la ficción mundana,
É infunde al debil corazón que hechiza,
Locos deseos que jamás realiza!—

—

Soñaba, pues, la angelical doncella,
En pos su mente de engañoso empeño,
Que cuanto bien imaginaba en ella,
Se le ofrecía el porvenir risueño.
Soñaba hallar sobre la humana huella
Humanizado el ideal de un sueño,
Que sólo en su ardorosa fantasía,
Sólo en su mente celestial cabía.

—

Así, al trazar en la sublime historia
Que á imaginar llegó, de la belleza
Y del amor el tipo y de la gloria,
Darle logró tan divinal grandeza,
Tan elevada y singular victoria
Sobre la humana terrenal bajeza,
Que ella misma sensible á su hermosura,
Quedó prendada de su propia hechura.

—

—Y fué una noche que embebido estaba
En su ideal su pensamiento, cuando
Notó que ténue de un laud llegaba
A sus oidos el preludio blando.
Atenta escucha, y el que así pulsaba,
Cabe sus rejas el laud, mostrando
Su oculto anhelo, su pasión constante,
Hizo esta trova resonar amante: [6]

Tus cabellos y tus ojos
Brilladores, niña, son;
Tus cabellos como el ébano
Y tus ojos como el sol.
Ciego al mirar tu hermosura,
A tu reja llego yo
Buscando la luz perdida
En la llama de tu amor.

—

Amor, suspiró Teresa,
A quien la luz le robó
La material hermosura,
Ah! no es mi soñado amor.

—

Y el amante entre las sombras
Cantando así prosiguió:
—Yo quiero, niña, que sea
Un palacio tu mansión,
Y que ciña tu alba frente
Corona de alto valor.
Quiero que mires sumisos
Cien esclavos á tu voz,
Y en pago de todo, niña,
Sólo te pido tu amor.

—

—Ni la brilladora pompa
Cautiva mi corazón,
Ni en la esclavitud me gozo
De mis semejantes yo.
Amor que tal dicha ofrece
Ah! no es mi soñado amor.

—

Y el amante entre las sombras
Cantando así prosiguió:
—Si amas la gloria, yo puedo

Mostrarte su noble don
En los lauros que mi espada
Vencedora conquistó.
Honores, gloria, riqueza
Y el alma á un tiempo te doy,
Y en pago de todo, niña,
Sólo te pido tu amor.

—

—Eso que es gloria á tus ojos,
Es á los míos baldón:
Sólo en los triunfos del alma
Halla gloria el vencedor.
La tuya, que á tan mentidas
Grandezas culto rindió,
¡Ay! está lejos, muy lejos
Del ideal de mi amor!—[7].

—

Cerró á este punto Teresa
Las puertas de su balcón,
Y el amante entre las sombras
Suspirando se alejó.

VIII

Alma Teresa que tender sabía
Tan alto el vuelo de la dicha en pos,
Nunca la loca Vanidad podía
Encadenarla al mundanal amor.

—

Si un punto pudo deslumbrarla el manto
Con que se cubre la verdad tal vez,
Con pena, al fin, tras el mentido encanto
Llegó la triste realidad á ver.

—

Y opresa entonces en su carcel dura
Sintiendo el alma y en doliente afán,
Ante el abismo recordó la altura
A donde un tiempo consiguió volar.

—

Y su ansia loca, su delirio ciego,
Lejos al verse del gozado bien,

Lloró su amante corazón de fuego
Donde más viva renació la fe.

—

Oyó, cual nunca, con amor profundo
De su conciencia la secreta voz,
Y para siempre abandonar el mundo
Por la devota soledad pensó.

—

Tentando aún la Vanidad impía
Aprisionarla para siempre en él,
A su memoria el porvenir traía,
Y envuelto en sombras el futuro bien.

—

Ante su afan la soledad pintaba
Horrible estinto el juvenil fervor,
Y el alma en ella reluchando esclava,
Lejos oyendo del placer la voz.

—

Nuevas visiones de falaz ventura
En torno hacía de su fe bullir,
Mas nunca pudo de su llama pura
Nublar el brillo celestial así.

—

Libre Teresa del fatal encanto,
Encaminando al porvenir siguió
Su amante anhelo del retiro santo
Y de la austera soledad en pos.

IX

Y fué una tarde; brillaban
Melancólicos y trémulos
En las cumbres de Occidente
Del sol los rayos postreros.
Al clamor de la campana,
Que grave sonaba y lento,
Alzaba á solas Teresa
Su ardiente plegaria al cielo:
Ponía en él la mirada
En pos de su pensamiento,
Y asomaban á sus ojos
Dulces lágrimas de fuego.
Llegó á mirarla á este punto
Melancólico un mancebo [8],
Que, suspirando, la dijo
Con triste y sentido acento:
—¡Feliz el alma que puede
Orar y llorar á un tiempo!
—Sí, feliz yo, hermano mío,
Clamó Teresa, que puedo
Lavar con llanto mis culpas.

Feliz yo, que lloro y ruego.
Mas ¿por qué tan triste vienes
Y en tan hondo abatimiento?
¿Te ha rendido la batalla?
—No, Teresa; lucho y venzo.
Rudo, horrible es el combate
Y flacos son mis esfuerzos;
Mas Dios me ayuda, y mi senda
Següir victorioso espéro.
No vengo, pues, á angustiarte,
Que, al fin, á ofrecerte vengo
Morar, como tú, mañana
La celda de un monasterio.
—¡Bendito mil veces sea
El que á los dos nos da aliento
Para lograr sobre el mundo
Victoria de tanto precio!
Brille, pues, hermano mío,
Brille en tu rostro el contento,
Que, en tal ocasión, no es justo
Mostrar ese amargo duelo.
—Dios me perdone, Teresa,
Si con mi angustia le ofendo;
Mas ¿cómo pensar gozoso
Que ya jamás verla debo?...
Tú sabes bien cuán constante,
Cuán profundo, cuán inmenso
Era el amor que abrigaba

Para ella solo mi pecho!
Tú sabes que á su perfidia
Matadora respondiendo,
La nombraba en mis plegarias,
Y la llamaba en mis sueños!
¡Mas tú no sabes que ahora
Flota aún en mi recuerdo,
Que olvido el engaño, y sólo
Su angélica imagen veo!
Sí, Dios que sabe la lucha
Que al contemplarla sostengo,
Me perdonará, Teresa,
Estas lágrimas que vierto!
—Y bien, si aún, hermano mío
Te liga al mundo ese afecto,
No podrás llevar á cabo
El propósito que has hecho.
—No hay, por mi dicha, Teresa,
Poder que tuerza mi intento,
Que yo sé bien dónde tienen
Todos los males remedio.
Fía, pues, en mi promesa
Que de cumplirla estoy cierto;
Y queda en paz mientras busco
También yo la paz que anhelo!
—¡A Dios plegue, hermano mío,
Que se cumplan tus deseos
Y que el angel de la dicha

Vele esta noche tu sueño!—
De esta manera á su plática
Fervorosa fin poniendo,
A la oración se entregaron
Cada cual en su aposento.

X

Triste lució la mañana
Velada en la niebla umbría,
Y el clamor de la campana
Resonando funeral,
Anunciaba al mundo el día
Consagrado á los que han sido,
En que no mora el olvido
Sobre el lecho sepulcral.

—

Y de amargura y de llanto
El momento fatal era
En que Teresa, del santo
Albergue futuro en pos,
Dirigía, la mirada
Tornando por vez postrera,
A la paternal morada
Su triste y último adios.

—

Y alentado al angustioso
Mancebo que la seguía,
Con voz que no descubría
Su amargo y hondo pesar,
Ferviente exclamó: «Dichoso
El que logra, hermano mío,
Del mundano desvarío
Por siempre el alma apartar!

—

Hoy, en la mansión postrera,
Que aun la vanidad profana,
Quizá el mundo considera
Lo que al fin sus glorias son;
Mas si hoy un punto medita,
Ciego tornará mañana
A ese afán que el alma agita
Y enloquece la razón.

—

Y en ruda constante guerra
Inutilmente buscando
Una dicha, que en la tierra
Nunca su anhelo hallará,
Sin mirar hacia la altura,
Seguirá inquieta avanzando
Hasta perderse en la hondura
Del abismo á donde va.

—

Renunciemos, pues, sin pena
Al mundanal albedrío
Para que el alma serena
Vuele á más alta región;
Truéquese en gozo profundo
Tu amargura, hermano mío,
Que el alma, esclava entre el mundo,
Va á ser libre en la prisión!»

—

—Sí, Teresa, me lo fía,
Clamó el mancebo sin calma,
La fe que ya mi agonía
Va trocando en la ansiedad,
En el dulce y santo anhelo
Que siente amorosa el alma,
Cuando sueña con el cielo
Y piensa en la eternidad!

—

Sí, sí, huyamos la espantable
Senda del mundo seguida,
Donde hallar el bien no es dable
Que apetecemos los dos;
Y pues breve día presa
Gime el alma de esta vida,
Hasta mañana, Teresa!
—¡Hermano del alma, adios!

—

Dijeron así, entretanto
Que por la vez postrimera
Los unía el lazo santo
Del abrazo fraternal;
Y siguiendo con misterio
La interrumpida carrera,
Cada cual de un monasterio
Traspasaron el umbral.

—

A este punto, entre las nieblas,
Vibró una voz dolorida;
Y de las densas tinieblas
De los abismos en pos,
Cruzó la región del suelo
Con vertiginoso vuelo,
La Vanidad que vencida
Se alejaba de los dos!

XI

A la tranquila clausura
Llegó Teresa sin calma,
Mas después
Gozó la dulce ventura
Que de los triunfos del alma
Premio es [9].

—

Un día horrible su centro
Y su soledad austera
Vió quizás;
Mas hoy, meditando dentro,
Ve con horror lo que fuera
Brilla más.

—

Y es que ayer su amor profundo
Quizá del común anhelo
Voló en pos,

Es que ayer miraba al mundo,
Y hoy, soñando con el cielo,
Mira á Dios.

—

Mas ni su mayor ventura
Goza aún, ni libre se halla
De sufrir;
Aún le queda á su alma pura
Fiera y durable batalla
Que reñir.

—

La Vanidad seductora
No ha vencido en el combate
Su valor;
Mas ¡ah! quién sabe si ahora
Sucumbirá al rudo embate
Del dolor!...

LA IRA

XII

Cercana, al fin, la Ira á sus rigores
Logró á Teresa ver,
Y la esencia fatal de los dolores
Vertió sobre su ser.

—

Postrada así Teresa el peso siente
Del daño corporal;
Pasan las horas y el rigor creciente
Redoblan de su mal [10].

—

Y en tanto que anhelosa al cielo mira
La paz buscando allí,
En su afligido corazón la Ira
Su voz levanta así:

—

En vano elevas tu ferviente ruego,
En vano llamas con doliente voz
Al que las penas derramando ciego,
Es de la esclava humanidad Señor!

—

¿Por qué hace al hombre de la vida presa,
Si en ella el gérmen del dolor está?
¿Es maldición que inevitable pesa
Sobre los siglos que pasando van?

—

No, no es que en vano á la tranquila muerte
Intente el lodo que animó volver,
Es que da vida á la materia inerte
Para gozarse en su dolor después!

—

Sufre, y escalde tu mejilla el lloro,
Clama y suplica con doliente voz,
Que á sus oidos regalado coro
Las quejas que alzan los mortales son!»

—

Calló la voz infernal,
Y en medio de tanto mal
Teresa con dulce anhelo
Seguía elevando al cielo
Su mirada angelical.

—

A su memoria traía
El dulce clamor que un día
Levantaba el justo de Hus;
Las angustias de María,
Los suplicios de Jesús.

—

Y llegando á comprender
Los misterios causadores
Del humano padecer,
Quizá hallaba en sus dolores
Las dulzuras del placer!

—

Quizá al fervoroso aliento
De su ardiente y puro amor,
Ansiaba mayor tormento,
Buscando el merecimiento
De una victoria mayor!

—

Pero á ser llegó su mal
Tan doloroso y mortal,
Que á su rigor insufrible
Perdió al fin la acción visible
Del espíritu vital.

—

Y adormido de esta suerte
Su cuerpo inmóvil, inerte
Tan largo espacio quedó,
Que un hora, al fin, de la muerte
Presa el mundo la creyó.

—

Y ya el toque funeral
Doliente el fin anunciaba
De su vida terrenal,
Y ya abierto el hueco estaba
De su lecho sepulcral;

—

Cuando con nueva victoria
Las tinieblas disipó
De su muerte transitoria,
Y soñando con la gloria
Dulcemente despertó.

—

Tornó á sentir con la vida
Más rudo mal; pero fué,
Vanamente combatida:
Por la fe fortalecida,
Venció su mal con la fe!

—

Desde que vió su ardor santo,
La Ira, que su quietud
Combatió con duelo tanto,
Huye con mayor espanto
De la cristiana virtud!

110

TERCERA PARTE

LA TIBIEZA

XIII

Aún retumbaba en el averno lóbrego
El gemido profundo y funeral
Que exhaló, en la victoria de Teresa,
Impotente y vencido Satanás,

—

Cuando á nublar la alegría,
Que Teresa en su victoria
Conquistó,
Otra potestad impía,
Enemiga de su gloria
Se aprestó.

—

Y fué la visión inerte
Que el fervor torna en amarga
Languidez;
Fué la Tibieza, que muerte,
A la virtud que aletarga
Da tal vez.

—

Su impuro y letal aliento
En el alma triunfadora
Difundió,
Y su amante sentimiento,
Su llama iluminadora
Sofocó. [11]

—

Desde entonces, adormida
Con el sopor angustioso
Del pesar,
Miró Teresa la vida,
Como un sueño tenebroso
Divagar.

—

A un tiempo á la lucha ajena
Y á la paz que ofrece al alma
La virtud,

Doblaba el afan su pena,
Y el hastío de la calma
Su inquietud.

—

Y en vano por el consuelo,
En medio á su mal profundo
Suspiró,
Que ya no miraba al cielo,
Y en las tinieblas del mundo
No le vió.

—

Sintiendo en tanta amargura,
De su fe el último rayo
Vacilar,
Dejó, al fin, á su alma pura,
Presa de mortal desmayo
Suspirar.

XIV

Mas, en tanto, el tiempo huía,
Y Teresa no podía
Del sueño en la carcel lóbrega
Su existencia realizar;
Fe y amor necesitaba
El corazón que abrigaba,
Y luz y espacio su espíritu
Para volver á volar!

—

Fué, pues, un día en que al cielo
Tornó á mirar con anhelo,
Y á sentir en su alma férvida
Un rayo puro de amor;
Y era que tornado había
A contemplar, cual solía
Vertiendo un raudal de lágrimas,
La imagen del Redentor! [12].

—

Postrada ante ella de hinojos,
Y en ella fijos los ojos

Con el éxtasis purísimo
Del amor angelical,
Al fin de su ánima pura
Disipó la noche oscura,
Y de su sueño fatídico
La pesadumbre mortal!

—

Libre entonces de las penas,
Y de las duras cadenas
De la materia tiránica
Su espíritu triunfador,
Ferviente el vuelo tendía,
Y los mundos descubría,
Velados al ojo túrbido
Del inciente pecador!

—

Cuando misterioso arcano,
Pretende sondar en vano
El alma que duda incrédula
Del mañana que no ve,
Penetró, al fin, su mirada
Por el rayo iluminada,
De la llama pura y vívida
Del amor y de la fe!

XV

Mirando, pues, Teresa cual nunca fervorosa,
Los fúlgidos reflejos de la divina luz,
De perfección más alta, de fe más viva ansiosa,
Así clamó, abrazando la redentora cruz:

—

«¡Señor, bendito seas! que abrase eternamente
Mi seno por tí solo la llama del amor!
Como el sediento ciervo las aguas de la fuente,
Desea el alma mía tu celestial favor!

—

Que un rayo de tu gloria mi oscura senda alumbre,
Y en ella ya mi planta no detendré jamás,
Y avanzaré gozosa subiendo hasta la cumbre
Donde mejor te vea, donde te adore más!»

—

Así Teresa dijo, y enmudeció arrobada
La imagen contemplando de su divino amor...



¿Quién sabe lo que entonces le dijo en su mirada
Resplandeciente y pura su angelical fervor!

—

Ante la viva llama de su amoroso anhelo
Que más ferviente ardía cuanto adoraba más,
La pávida Tibieza tendió espantada el vuelo,
Y en torno de su espíritu no revoló jamás!

118

CUARTA PARTE

EL MUNDO

XVI

Sintió Teresa su espíritu,
En pos de tanta victoria
Por el fulgor de la gloria,
Iluminado volar,
Y á impulsos del amor férvido
Que al combate la obligaba,
Nuevo enemigo buscaba
Con quien volver á lidiar! [13]

—

Como su afán se encendía,
Con un rayo de los cielos
Y amaba libre de celos,
Libre de mundano ardor,

El coro aumentar quería
De las vírgenes esposas
Que á su Adorado, piadosas,
Rendían también su amor!

—

«¡Cuántas tristes, meditaba,
Halláran sin su albedrío,
Esclavas del amor mío,
Su mayor felicidad!
¡Cuántas, que la pena acaba
Del mundo en la carcel dura,
Ven tal vez en la clausura
Su anhelada libertad!

—

—Yo, que se cuán hondo duelo
Se sufre en tan duras penas,
Sabré romper las cadenas
Que os hacen tristes gemir;
Yo haré que el amante anhelo
Que apartais del mundo vano,
Pueda al trono soberano
Del que yo adoro subir!

—

¡Florecillas perfumadas
De celestiales aromas,
No temblareis agitadas
Por el mundano huracán,

Dulces y amantes palomas
Que mi Dueño ha bendecido,
Yo esconderé vuestro nido
Del hambriento gavilán!»

—

Así Teresa ideaba,
En alas de su ansia pura,
Labrar la ajena ventura
Que su afán más dulce fué;
Débil y sola intentaba
Realizar tan alta idea;
Mas ¿qué hay que imposible sea
Para el amor y la fe!

XVII

Cuando guiada Teresa
De su dulce pensamiento
Demandó la ajena ayuda
Y nadie escuchó su ruego [14];
Cuando al descubrir la llama
De su amante y puro anhelo
Se vió entre tenaces sombras
Que á la luz se resistieron;
Cuando herida por el mundo
Alzó la mirada al cielo,
Surgió, triunfando su idea,
A su voz un monasterio!
Fijó anhelante la planta
En su pacífico centro,
Donde realizar debía
Sus celestiales ensueños,
Y hé aquí, exclamó gozosa,
El nido que yo os ofrezco,
Palomas de oscuros valles,
Y de encumbrados oteros;
Venid á elevar del alma

El blando arrullo á mi Dueño,
Venid, y juntas vivamos,
Venid, y juntas amemos!

—

—Y así por valles y lomas
Su dulce voz resonando,
Se vió cercada de un bando
De enamoradas palomas.

—

Mas ¡ay! apenas la calma
Del santo albergue sintieron,
Apenas en almo coro
Le celebró su concento,
Cuando á la voz turbadora
De los instintos soberbios,
Sus apartados umbrales
Pasar osó el mundo ciego.
Con su ciencia tenebrosa,
Con sus profanos deseos
Sus iras contra el espíritu
Del dulce coro moviendo,
Desecha, gritó iracundo,
Tu asilo vano y funesto,
Y aunque tiembles mis rigores
Vuelve otra vez á mi seno!
Las inocentes palomas,
Presa del poder violento,

Al temeroso dominio,
De su enemigo volvieron.

—

Gimiendo, en tanto que así
Sus rigores las oprimen,
Como las palomas gimen,
En las garras del neblí.

—

Todas en el alma heridas [16],
Otra vez en rumbo incierto,
Por la esfera tenebrosa
Vagaron del mundo inquieto.
«¡Señor, clamaba Teresa
Con doloridos acentos,
Vé que no hay quien nos ampare
Contra el enemigo fiero
Que nos persigue mirando
Que defensor no tenemos!»
Y una voz de arriba dijo:
«No temas; yo te defiendo».
El que no desoye nunca
De los tristes el lamento,
Desamparar no podía
A Teresa en tanto duelo.
El la protegió de modo
Que otra vez su dulce intento

Abrió á la virtud las puertas
Del santo albergue desierto!

—

—Y así el tirano opresor
De la inocencia vencido,
Tornaron al blando nido
Las palomas del Señor!

XVIII

En ansia eterna de mostrar al mundo
Los altos dones de su amado Bien,
Por el camino del dolor fecundo
Tornó Teresa á difundir la fe!

—

Triunfante siempre de la suerte impía,
Do quier que alzaba creadora voz,
Un nuevo templo á la virtud abría,
Que paz brindaba, demandando amor!

—

Mas su constante y fervoroso anhelo,
Templado apenas al obrar así,
Buscaba sólo remontar el vuelo
Y al trono eterno del Amor subir!

—

Miraba ansiosa la futura suerte
Desde el abismo del terreno mal,

Y era á sus ojos la temida muerte
Celeste nuncio de ventura y paz!

—

Por eso nunca tan sublime encanto
Sintió en el alma ni tan vivo ardor,
Como una noche que en su asilo santo,
Cantar la dicha de la muerte oyó.

—

Era una hora en que su fe guiaba
Hasta su Dueño su amoroso afan,
Cuando una vírgen que también velaba
Así en el cláustro comenzó á cantar:

«¡Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno,
Véante mis ojos,
Y muera yo luego!» [17]

—

—Teresa, en el alma herida
Por la canción bendecida,
«Vivo sin vivir en mí, [5]
Y tan alta vida espero,
Exclamó fuera de sí,
Que muero porque no muero!»

—

Y en tanto,
Su canto
Que al par ruega y llora,
Con voz vibradora
La cándida virgen tornó á levantar.

—

Y Teresa, postrada de hinojos,
Y bañados en llanto los ojos,
Le escuchaba en su amante agonía
Y esclava gemía
Del dulce cantar.

—

Y su espíritu en vívido anhelo
De romper sus cadenas, y el vuelo
Tender hasta el trono del célico Amor,
Embargó, en el combate rendida,
De la carcel corpórea la vida,
Triunfando en su amante vivífico ardor!

—

Victoriosa de esta suerte
Sobre la materia inerte,
Más que el nocturno reposo
Gozó el sueño deleitoso
De una transitoria muerte.

—

Y aun del cantar placentero
Conmovida al eco blando,
Del día al fulgor primero,
Repetía suspirando:
«¡Que muero porque no muero!»

XIX

Pasó el tiempo; al fin Teresa
La aurora del postrer día
Vió brillar,
En que, de la vida presa,
Lejos de su Bien debía
Suspirar.

—

Cada instante más cerçana
Mirando la llama pura
Del Amor,
Nunca la carcel mundana,
Creyó tan triste y oscura
Su almo ardor.

—

«¡Ven, clamaba, dulce muerte,
Pero ven tan escondida
De mi ser,
Que no te vea; que al verte,
Temo recobrar la vida,
De placer!»

—

Entre tanto, un dulce coro
De enamoradas esposas
Del Señor,
Vertía á sus piés el lloro,
Las lágrimas fervorosas
Del Amor.

—

Y ella, que ya las dulzuras
Percibía en esperanza
Del Edén,
«¡Amad, suspiró, almas puras,
Que sólo amando se alcanza
Digno bien!

—

¡Amad, y al fin, del divino
Amor la primer vislumbre
Viendo ya,
Bendecireis el camino
Que os ha acercado á la cumbre
Donde está!»

—

Dijo, y al seno oprimía
Un trasunto que su encanto
Siempre fué,
Un crucifijo que había
Mil veces bañado el llanto
De su fe.

—

A la vista se inflamaba
Del simulacro, su anhelo,
Su fervor,
Y, entre suspiros, le hablaba,
Con el lenguaje del cielo,
De su amor!

—

Contemplábala María
—Con quien la unió en lazo fuerte
La amistad,—
Y apartarla pretendía
De los brazos de la muerte
Su ansiedad.

—

Mas entonces de la estancia
Divina luciente coro
Voló allí,
Y entre nubes de fragancia
Batiendo sus alas de oro,
Dijo así:

—

«¡María, dulce María,
Cuya virtud altos seres
Cantan ya,
Teresa está en la agonía;
Mas si tú que viva quieres,
Vivirá!»

—

—No, no, que espire, anhelante
Clamó al punto, aunque sin calma
Viva yo!
—Y Teresa en este instante
Lanzó un suspiro del alma,
Y espiró.

—

Su vuelo alzando del mundo,
El trono de su almo Esposo
Llegó á ver;
Y en tanto, dulce y profundo
Era el nocturno reposo
Por doquier.

—

Pura la luna esplendía,
Del manso lago miraba
Tersa el haz;
Y por la región vacía
Tranquilo el angel vagaba
De la paz [18].

134

EPÍLOGO.—INVOCACIÓN

Tres siglos han marcado sobre el estéril suelo
De la mansión del hombre su paso destructor,
Desde que alzó Teresa de su recinto el vuelo
A donde eterna brilla la gloria del Señor.

—

Y aún la mente humana, cuando á las sombras mira
Que en lo pasádo ocultan la huella del mortal,
Se inflama el vivo rayo, que fe y amor inspira,
Con que alumbró Teresa la carcel mundanal.

—

Y aún, para que nunca sus resplandores mueran
En la memoria fragil del mundo que los ve,
El Arte la sublima, los sabios la veneran,
Y en el altar la adoran los hijos de la fe (*).

—

(*) Tiene razón el poeta cristiano. La Iglesia la corona y coloca en el catálogo de los Santos, una vez probado su mérito, y en premio de cuanto luchó, venció y edificó con sus ejemplarísimas virtudes, las letras la veneran; figura la ínclita Reformadora de la religión Carmelitana en el número de los Santos y en el número de los sabios: corren sus obras de mano en mano y con afán siempre creciente; y la sublime agudeza y la severa profundidad de sus pensamientos, lo castizo de su lenguaje y lo sazonado y puro de su doctrina, hace que sea una joya incomparable, un eterno monumento del Siglo de oro de nuestra literatura patria, la infatigable virgen, la religiosa seráfica, la mística doctora, nuestra española SANTA TERESA DE JESUS.—*(Nota del Censor)*.



Recuerdo bendecido de la divina gloria
que resplandor eterno del Gólgota será,
Cual hoy, siempre ¡oh Teresa! del mundo en la memoria
Con el de Dios unido tu nombre vivirá.

—

Mas ah! mi oscura mente ¿qué sabe del mañana?
¿Qué puede en sus profundos arcanos descubrir?
Tú los destinos miras de la familia humana,
Tú el límite conoces del vago porvenir.

—

Tú sabes donde espira la llama creadora
Que la materia esclava fecundizando va;
Tú ves el fin del mundo, que desterrado, llora,
Tú aproximarle puedes su término quizá.

—

Tal vez del Dios que un día mostró, en su amor profundo
Al hombre esclavizado la Redentora cruz,
Tú sola alcanzar puedes que el abatido mundo
Levante hoy á la esfera del bien y de la luz.

—

Sí! tú, que su almo trono mirabas dolorida
Desde esta oscura carcel asilo del pesar,
Implórale: ¡oh Teresa! ¡oh martir de la vida,
Que el angel de la muerte nos venga á libertar!

NOTAS

[1] Santa Teresa nació en Avila el día 28 de Marzo del año 1515. Fueron sus padres D. Alonso Sánchez de Cepeda y Doña Beatriz de Ahumada, cuyas virtudes recuerda Santa Teresa en el capítulo I del libro de su vida, de este modo:

«Era mi padre hombre de mucha caridad con los pobres y piedad con los enfermos, y aun con los criados; tanta, que jamás se pudo acabar con él tuviese esclavos, porque los había gran piedad; y estando una vez en casa una de un su hermano la regalaba como á sus hijos; decía, que de que no era libre, no podía sufrir de piedad. Era de gran verdad, jamás nadie le oyó jurar ni murmurar. Muy honesto en gran manera. Mi madre tenía también muchas virtudes, y pasó la vida con grandes enfermedades. Grandísima honestidad: con ser de hartá hermosura, jamás se entendió que diese ocasión á que ella hacía caso de ella, porque con morir de treinta y tres años, ya su traje era, como de persona de mucha edad; muy apacible y de harto entendimiento».

[2] En el capítulo citado, dice Santa Teresa:

«Mis hermanos en nada me desayudaban á servir á Dios. Tenía uno casi de mi misma edad, juntábamos entramos á leer vidas de Santos. . . . .
Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. . . . .
Espantábanos mucho el decir, que pena y gloria era para siempre, en lo que leíamos».

[3] Y saliendo por la puerta de Adaja, que es el río que pasa por Avila, se fueron hasta la puente adelante, hasta que un tío suyo los encontró y los volvió á su casa con harto contento de su madre. El niño se excusaba con decir que su hermana le había hecho tomar aquel camino».

P. Francisco Ribera.—Vida de Santa Teresa, Cap. IV.

[4] Acuérdome que cuando murió mi madre, quedé de edad de doce años, poco menos; como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida fuime á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéla fuese mi madre con muchas lágrimas».

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. I.

[5] Grande envidia tenía el demonio de tan buenos principios, porque conocía en ella un excelente natural. . . . .
Parecióle que convenia estorbar los bienes que aquellas partes tan aventajadas prometían. . . . .
Esto procuró por dos vías. La primera fué, haciéndola leer libros de caballerías. . . . .
Y como su ingenio era tan excelente, así bebió aquel lenguaje y estilo, que dentro de pocos meses, ella y su hermano Rodrigo de Cepeda compusieron un libro de caballerías con sus aventuras y ficciones, y salió tal, que había harto que decir de él».

P. Francisco Ribera.—Vida de Santa Teresa, Cap. V.

[6] Comencé á traer galas, y á desear contentar en parecer bien, con mucho cuidado de manos y cabello y olores, y todas las vanidades que en esto podía tener, que eran hartas, por ser muy curiosa.

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. II.

[7] Y pues nunca era inclinada á mucho mal, porque cosas deshonestas naturalmente las aborrecía.. . . . .

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. II.

[8] En estos días que andaba con estas determinaciones, había persuadido á un hermano mío á que se metiese fraile, diciéndole la vanidad del mundo; y concertamos entramos de irnos un día muy de mañana al monesterio.. . . . .

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. IV.

[9] En tomando el hábito, luego me dió el Señor á entender, cómo favorece á los que se hacen fuerza para servirle. . . . .

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. IV.

[10] .....Parecía imposible poderse sufrir tantos males juntos. Ahora me espanto y tengo por gran merced del Señor la paciencia que su Majestad me dió, que se veía claro venir de él. Mucho me aprovechó para tenerla haber leido la historia de Job. . . . .
. . . .
Dióme aquella noche un parasismo que me duró estar sin ningún sentido cuatro dias, poco menos. . . . .

teniendo día y medio abierta la sepultura. . . . .
quisó el Señor tornase en mí. . . . .

[11] Comenzóme á faltar el gusto y regalo en las cosas de virtud. Vía yo muy claro, Señor mío, que me faltaba esto á mí, por faltaros yo á vos.

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. VII.

[12] Acaecióme, que entrando un día en el oratorio ví una imagen.. . . . .
Era de Cristo muy llagado.. . . . .
Fué tanto lo que sentí de lo mal que había agradecido aquellas llagas, que el corazón me parece se me partía; y arrojéme cabe él con gran derramamiento de lágrimas.. . . . .

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. IX.

[13] No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso.. . . . .
pensaba qué podría hacer por Dios.. . . . .

[14] Estaba muy malquista en todo el monesterio, porque quería hacer monesterio más encerrado: decían que las afrentaba, que allí podía también servir á Dios.. . . . .
Unas decían que me echasen en la carcel, otras, bien pocas tornaban algo por mí. . . . .

[45] .....Como se había sabido en mi monesterio y en la ciudad lo que estaba hecho, había en él mucho alboroto. . . . . . .
Hicieron juntar las órdenes, para que digan su parecer, de cada una dos letrados. . . . .
En fin concluyeron, que luego se deshiciese.

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. XXXVI.

[16] .....Y estando bien fatigada, me dijo el Señor: ¿No sabes que soy poderoso? ¿de qué temes? . . . .
Procuró por algunas vías, que nos diese licencia nuestro padre. Provincial para venir yo á esta casa con otras algunas conmigo.. . . . .
Fué grandísimo consuelo para mí el día que vinimos.

Santa Teresa.—Su Vida, Cap. XXXVI.

[17] Estando en la fundación de Salamanca.. . . . .
cantaron una Pascua un cantar que dice:

«Véante mis ojos,
Dulce Jesus bueno,
Véante mis ojos,
Y muera yo luego».

Con estas coplas, como la tocaron en lo vivo, porque la tocaron en la muerte, que ella tanto deseaba para ver á Dios, quedó tan sin sentido que la hubieron de llevar como muerta á la celda. . . . .
Estando con estos ímpetus, hizo la Santa unas coplas, nacidas de la fuerza y fuego que en sí tenía.. . . . .
que por ser muy devotas me pareció ponerlas aquí:

«Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero».

P. Yepes.—Vida de Santa Teresa. Cap. XXII.

[18] Santa Teresa murió en Alba de Tormes el año de 1582, día 4 de Octubre, á las nueve de la noche.

141

EL ESCLAVO

142

AL DISTINGUIDO LIBERAL CUBANO

DON NICOLÁS AZCÁRATE

El autor sabe que la humanidad y el patriotismo son dos grandes títulos con que usted puede honrarse como pocos, y ha creido justo colocar el nombre de usted al frente de un libro en que se lamenta la esclavitud y se defiende á Cuba; el poeta sabe la elevación de espíritu con que usted acoge las inspiraciones del arte, y ha creido igualmente justo dedicarle sus versos; el amigo sabe que la amistad es para usted, como para todos los grandes corazones, un verdadero afecto, y ha querido á su vez dar aquí una muestra del que á usted profesa y profesará eternamente

Evaristo Silló y Gutiérrez.

144

EL ESCLAVO

INTRODUCCIÓN

Cuando aún en el misterio velada el alba frente,
Ornabas tu belleza con el virgíneo tul;
Cuando aún en paz dormías, ¡oh América inocente!
De los remotos mares tras la muralla azul;

¿Qué mano misteriosa, qué potestad impía,
De sirtes y de escollos, de abismos al través,
A tus ignotas playas llevó triunfante un día
La fragil carabela del náuta genovés?...

¿Qué fué ante tí la gloria del inmortal marino,
Cuando á la sombra inmensa de su triunfal pendón
Miraste que fraguaban tu mísero destino
El dolo y la codicia, la guerra y la opresión?...

Tú viste de tus razas, tras hórrida agonía,
Sumirse en hondo abismo la esclava multitud;
Tú viste á tus riberas llegar la tiranía;
Tú has visto, ¡ay triste! luego llegar la esclavitud!

Y áun fiero tu destino, tu frente el duelo sella,
Y áun ciega al rayo eterno del sol de la verdad,
De cien generaciones sobre la infausta huella
Discurre por tus campos la vieja iniquidad!

—Por eso á tus palmares dá fúnebres rumores
Quizá tu comprimido recóndito dolor;
Por eso en tus entrañas fermentan los temblores
Con que tal vez te agitas de cólera y horror!...

—Mas cese tu agonía! La luz de la esperanza
Difunde ya en tu cielo su dulce claridad,
Y ya tus nobles hijos han visto en lontananza
La nave que conduce tu virgen libertad!

Ya el mísero africano que entre tus brazos gime
Ha oido que á lo lejos responde á su clamor...
Ya el mónstruo que esclaviza y el angel que redime
Para el postrer combate recobran su valor!

Ya en cien regiones suena la queja dolorida
Que clama contra el yugo de la opresión fatal;
Y ya por cuantas almas la escuchan, repetida,
Mi propio canto es eco de un grito universal!

¡Espíritu clemente que el hombre creas libre,
Hoy ante el hombre esclavo redobla mi fervor;
Que á cada nuevo acento con que mi canto vibre
Dé aliento al oprimido y apiade al opresor!

148

I

¡Ay de la tribu africana
Que hoy el desierto cruzando,
Sueña al oásis cercana
Que allí sus dichas están!
¡Ay de la tribu! Ella ignora
Que en fiero, ominoso bando,
Sobre sus huellas ahora
Cien hijos de Europa van.

Cuando en el fondo risueño
Del virgen bosque se vea;
Cuando ya el plácido sueño
Mitigue su ardor febril,
Sobre su agreste hospedaje
Caerá la banda europea,
Horda inhumana y salvaje
De un pueblo humano y civil.

¡Ay de la tribu! A su paso
Jamás halló por acaso
Mónstruo tan fiero y dañino
Como hoy el bando será;

De herirla el tigre no trata
Con más funesto destino,
Porque el tigre sólo mata
Y el bando esclavizará.

Mas ya su entrada apresura
La tribu al feliz paraje;
Ya respira el aura pura
De su silvestre verjel;
Ya tiene alfombra de flores
Y pabellón de follaje...
¡Quién dijera los horrores
Que van á rugir por él!

Torva, fatídica en tanto
La noche el cielo sombrea,
Y extiende su negro manto
Por el desierto arenal;
Y ya cercana la hora,
Su presa el bando rastrea
Con la mirada traidora
Del famélico chacal.

Llega al bosque, comprimido
Su pecho, apenas respira,
Y en largos pasos tendido
Apoya apenas el pie;
Súbito ansioso levanta
Los ojos inquietos, mira,

Y gozoso ante su planta
La tropa mísera ve.

Allí, entre el yerbaje inerme,
Sin temores ni querella,
La tribu en silencio duerme:
Ni un lamento, ni una voz.
Mas ya el mónstruo del delito
Bate las alas sobre ella;
Lanza el espanto su grito,
Y empieza el crimen feroz.

Crece en la lucha, se encona
La saña del fiero bando,
Y ultraja, hiere, aprisiona,
O mata en su ceguedad;
Del Averno, que le vale,
Recibe el poder infando,
Y con él del bosque sale
Triunfadora la impiedad!

Vedlo; ya rápido avanza
Con su presa dolorida,
Y en vano sus ayes lanza
La tribu que dispersó;
Tal vez á sus alaridos
Responde en roncos bramidos
Una fiera extremecida;
La tropa opresora no!

No hay grito atroz, no hay lamento
Que su corazón taladre;
Y aquel horrible concento
De tanta queja mortal,
No es ya el clamor que maldijo;
Son voces que gritan ¡madre!!
Son gritos que claman ¡hijo!!
Por el lóbrego arenal.

—Los que al moral sentimiento
Juzgais á la tribu ajena,
Venid á oir el lamento
Del maternal corazón;
Ved que á tan fieros ultrajes
Aun es sensible la hiena,
Y aquellas madres salvajes
Menos que fieras no son!

Tal vez dos tribus hermanas,
Más incultas que inhumanas,
Para vender al que oprimen
Feroces van á lidiar;
Mas ¿quién les abre la senda
Para tan bárbaro crimen?...
Y en fin, aunque África venda,
¿Por qué Europa ha de comprar?

Mas ved, ya el bando inclemente,
Velado en la noche oscura,

Conduce la esclava gente
Sin recelo ni inquietud;
Vedlo con planta segura
Ganar la estéril ribera
Do está la nave negrera
Que aguarda la esclavitud.

Aun siguiendo su camino
Van las madres doloridas,
Que con tan triste destino
Ven á sus hijos marchar.
Mas ved; unas desfallecen
De pena y horror transidas,
Y otras roncas enmudecen
Y no los pueden llamar.

¡Madres que entre vuestros brazos
Y á duelo tanto lejanas,
Estrechais con dulces lazos
Las prendas de vuestro amor,
Adivinad las querellas
De las madres africanas,
Y unid á mi voz, por ellas,
Vuestro grito de dolor!

¡Varones de altiva mente,
De pecho noble y humano
Que ante el esclavo inocente
Sabe piadoso latir;

Almas que no dais abrigo
Al negro error del tirano,
Seguid á la mar conmigo
La nave que va á partir!

Si aun hay un puerto en la tierra
Que en su seno la reciba;
Si aun á los tristes que encierra
Vende allí la iniquidad,
A combatir mal tan grave
Para la raza cautiva,
Venid conmigo en la nave
Que rige la libertad!

II

Ya zarpa, ya parte la nave ominosa
Que lleva en su seno cautivo el dolor;
Ya rápida surca la mar, que reposa;
Ya vuela del blando terral á favor.

Tal vez de la luna que lánguida brilla
Traspasa las nubes un rayo vivaz,
Y alumbra una forma, del mar á la orilla,
Que fija en la nave la vista tenaz.

Acaso una triste que ve su esperanza,
Su amor en la vela que vuela cruel;
Tal vez una madre que exánime lanza
Sus mudos clamores mirando al bajel.

Y en tanto que sola y en pena tan grave
Se ve la inocencia, va el crimen en paz,
Y ciego el destino concede á la nave
Las rápidas alas del ave rapaz!

¡Espíritu que extiendes sobre la mar tu imperio,
Que calmas ó suscitas la tempestad feroz;

Poder incontrastable velado en el misterio,
Que tienes los destinos sujetos á tu voz!

¿A dónde va esa nave que ante tu vista avanza
Sin que á su paso mueva la cólera del mar?
¿A qué región impura fatídica se lanza
De su podrido seno la infamia á vomitar?

¿A dónde va esa nave?... ¡Oh mengua y desventura!
Huyendo el centro oscuro de bárbara región,
Tal vez á un suelo boga do brilla la cultura
Y donde un pueblo libre levanta su pendón.

Mas libre no; la mano tiránica que oprime
Sujeta á la cadena del oprimido está:
¡Ay! ¡triste del esclavo que en esa nave gime!
Y ¡ay! ¡mísero del pueblo que á recibirle va!

III

Cerraba la noche cuando
Llegó el bajel á la playa:
La sombra y el crimen tienen
Misteriosas alianzas.
Había en aquella orilla
Una región solitaria,
Mansión fatídica, oscura,
Do eternamente reinaba
De un antiguo cementerio
La muda y fúnebre calma.
Fijose ante ella la nave,
Por las tinieblas velada,
Y un hombre rompió el silencio
Con estas breves palabras:
«¡Ea! los vivos á tierra;
Los cadáveres al agua!»
Entonces, al ténue brillo
Que las linternas derraman,
De aquella flotante carcel
Vióse á la turba inhumana

Ir y venir silenciosa
Como un tropel de fantasmas.
Hubo un instante en que haciendo
La odiosa faena pausa,
A las olas arrojaron
Un cuerpo que aún alentaba;
Mas un esclavo lo mira
Que impávido al mar se lanza;
Contra las olas furiosas
Luchan sus férvidas ansias,
Y al fin, salvando la víctima,
Triunfante la orilla gana.
Tiéndela allí; de sus ojos
Despréndense gruesas lágrimas;
Tocan sus trémulas manos
Aquellas manos heladas,
Y allá en su lengua nativa
Repite: «¡Madre del alma!»
Dijo la turba negrera:
«Será su madre la esclava»;
Y la faena ominosa
Siguió su lúgubre marcha.

Cuando en el vago horizonte
Lució la tibia alborada,
Se vieron fértiles vegas,
Cañaverales y palmas,
Gigantes seibas, colosos
Con raíces y con ramas,

Verjeles en las llanuras
Y bosques en las montañas;
Que aquella inmensa floresta
Para la dicha creada,
Aquel oásis del mundo
Era la Antilla cubana.

Mas cuando ya el sol naciente
Vertió la luz á oleadas
Disipando los flotantes
Vapores de la mañana,
Allá en los altos palacios,
Allá en las torres más altas,
Dominando—¡eterna mengua!—
Sobre cabezas esclavas,
Se vieron la cruz de Cristo
Y la bandera de España!

160

IV

Es de noche: ya resuena
Del ingenio la campana,
Y ya su ruda faena
Dejando la esclava grey,
Recuerda un punto dichosa
Su libertad africana,
Y bota vertiginosa
Por el redondo batey (*).

Entona de su ribera
Los cánticos más preciados,
Y vénse en torno á la hoguera
Que luce allí funeral,
Amantes ojos que vienen
Por el sudor irritados,
Y altivas frentes que tienen
Del látigo la señal!

(*) Plaza del ingenio.

Todos cantan; mas no todos:
Velado allá en la pènumbra,
Huyendo el centro que alumbra
De la hoguera el resplandor,
Hay un esclavo que mira
Mudo la escena, suspira,
Y muestra en distintos modos
Su misterioso dolor.

Joven, le dijo en su lengua
Un guardiero (*) que pasaba,
Ya sé que la vida esclava
Conoces sólo de ayer;
Mas no caigas en la mengua
Que aquí el desprecio castiga,
De alejarte por fatiga
De la danza y el placer.

—¡Jamás! repuso: mi aliento
Puede apagar esa hoguera,
Y puedo una raza entera
Entre mis brazos ahogar!
—¿Pues qué tienes que así calma
Tu natural ardimiento?
—¡Tengo traspasada el alma
Por las flechas del pesar!

Tengo el dolor más profundo
Con que el destino iracundo

(*) Guarda del ingenio.

Para probar mi existencia
Me pudo aguardar aquí;
El dardo mayor que clava
La mano de la inclemencia.....
¡Anciano, mi madre esclava
Suspira lejos de mí!

Cuando en la playa desierta
Los blancos que la traían,
Creyéndola acaso muerta,
La arrojaron á la mar,
Yo se la quité á las olas
Que robármela querían.....
Y luego á dos manos solas
No se la pude quitar!

La llevaron..... no sé á dónde.....
Sólo se que al hondo grito
De mi amargura responde
Con ayes lejanos hoy;
Sólo se que la encadena,
Como á mí, un brazo maldito;
Sólo se que llora y pena,
Y que me llama y no voy!

—Grande es tu mal, el guardiero
Le replicó; pero advierte
Que tu furor altanero
Te puede perder quizás.

Tener madre, y no tenerla,
Esa también fué mi suerte.
—¡Y no he de volver á verla!
—¡Jamás, esclavo, jamás!

De la campana el tañido
De nuevo á este punto empieza;
Ya no hay en la plaza ruido
Ni en la hoguera resplandor.
Nuestros placeres declinan
Entre nubes de tristeza;
Los del esclavo terminan
En las sombras del dolor!

¡Ay del que vió con desvío
La breve fiesta, y ahora
Vuelve á su oscuro bohío
Con más angustia y afán!
¡Ay de los tristes que vieron
Del sol apenas la aurora,
Que ha poco alegres vinieron,
Y ya dolientes se van!

V

En vano ausente vive:
La mano del olvido
No puede compasiva
Sus lágrimas secar.
¡Volved al pobre esclavo
La madre que ha perdido;
Volvédsela, ó dejadle
Que muera de pesar!

Sus ojos sólo buscan
La huella suspirada;
Con gritos de agonía
La llama su dolor,
Y un velo impenetrable
Le ciega la mirada,
Y un fúnebre silencio
Responde á su clamor!

Tal vez pensando en ella
Confúndese doliente;

¡Tal vez en el trabajo
Suspéndele su mal,
Y en bárbaro castigo
Resbala por su frente
El afrentoso látigo
Del cómitre brutal!

Entonces, cual siniestro
Relámpago que pasa,
Deslúmbrale la idea
De un crímen vengador;
Mas templa con el llanto
La cólera que abrasa,
Y ahoga entre suspiros
Su lúgubre furor!

¿Qué importan los rigores
Que sufre y ha sufrido?
Más grave dolor hace
Sus lágrimas brotar....,
Volved al pobre esclavo
La madre que ha perdido;
Volvédsela, ó dejadle
Que muera de pesar!

VI

Hermano, le dijo un día
Con voz doliente el guardiero:
Tu suerte ha sido la mía,
Tu mal el mal de los dos;
Tal vez porque el duelo hermana,
Yo como hermano te quiero;
Sé que te alejas mañana,
Y vengo á decirte adios.

—¿Que me alejo?
—No te asombre
La nueva de tu partida;
Te ha comprado há poco un hombre
Que te lleva á la ciudad.
—¿Mas voy á mudar de vida?
—No; vas á mudar de dueño:
Baste saber á tu empeño
Que no tendrás libertad.

Te compra para que sea
Tu abrumadora tarea

Cuando á su antojo le cuadre,
Interminable y cruel;
Para que, esclavo y obrero,
Sufras y ganes dinero.....
—Dinero para mi madre!
—No; dinero para él!

—¿Y quién es el hombre impío
Que así también me escarnece?
—No es un avaro judío
Con hambre y sed de metal;
Es un varón que parece
A toda maldad ajeno,
Que invoca del Nazareno
La palabra celestial;

Un ministro de aquel hombre
Cuyo saber sin segundo
Quiso redimir al mundo
Por el fraternal amor;
Ministro sólo de nombre,
Que eleva en la propia mano
El látigo del tirano
Y la cruz del Redentor!

—¡Maldición! ¡En esta tierra
Todos los hombres oprimen!
—No todos.
—!Ah! no me aterra,
No me confunde mi mal;

Si contra mí le levanta
De nuevo el bárbaro crimen,
Yo anudaré á su garganta
Ese látigo infernal!

Mas ¡qué digo!.... ¡madre mía!....
¿Qué importa mi dura suerte?
Buscar no debo la muerte
Mientras tú lloras por mí;
Ahogaré en mi pecho el fuego
De la cólera bravía,
Pensando siempre que luego
Te puedo abrazar á tí!

—¡Pobre madre! ¡quizá ahora
Sufre de un blanco las iras,
Y en duro castigo llora
Porque buscarte intentó!
—¿Qué dices?.... ¿En qué paraje
Puede ser eso? ¡Deliras!
¿Qué blanco habrá que la ultraje
Sabiendo que existo yo?

¿Qué infame tan ciego puede
Intentar ese delito,
Que inmóvil de horror no quede
Si me recuerda quizás?
¿Que á mi colérico grito
No caiga en mortal desmayo?

¿Que entre mi brazo y el rayo
No tema mi brazo más?

¡Tú estás loco!
—Sí; ¡quién sabe
Si mi sospecha es locura!
Tal vez sin pena tan grave
Tu madre, lejos de tí,
Es sierva de un hombre humano
Que templa su desventura;
Porque al fin en Cuba, hermano,
Hay muchos blancos así.

Calma, pues, tu pena; calma
Ese furor que inclemente
Vine á infundirte en el alma
Con locas sospechas yo.
—No puedo escuchar tu ruego,
Dijo bajando la frente;
Y una lágrima de fuego
Por sus mejillas rodó.

Ya su velos funerales
La negra noche extendía,
Cuando con tiernas señales
De ardiente fraternidad,
Adios los dos murmuraron;
Y, cierto, al siguiente día
Al pobre esclavo llevaron
Camino de la ciudad!

VII

Y fué verdad: el tirano
Que le encadena es ahora
Un ministro del altar,
Un hipócrita inhumano
Que á Cristo en el templo adora
Y le vende en el hogar!

Mas si hallar puede en el suelo
El pobre esclavo consuelo
Para su horrible dolor,
Tal vez el mísero advierte
Que se le guarda la suerte
Junto á su nuevo opresor.

Allí doliente suspira
Gentil esclava á quien mira
En medio de su pesar,
Y no sabe lo que siente;

Que si ella baja la frente,
Le hace también suspirar.

Una noche, con acento
De profundo sentimiento,
Temblando, le preguntó:
—¿Tienes madre, pobre hermana?
Y la afligida africana
Le dijo llorando:—¡No!

—¡Yo tampoco tengo madre!....
Mas pronto, aunque no le cuadre
Al destino, la tendré:
Cien brazos labran su pena,
Y una raza la encadena;
Mas yo la rescataré!

Si tú en mi brazo confías,
Si al par de los dos ansías
La libertad conseguir,
Un día los tres cautivos
Nos iremos fugitivos
A los bosques á vivir!

—¡Ah! yo me fío á tu empeño;
Mas ¿no es un delirio, un sueño
De ventura y libertad?
—Esclava, ¿por qué ley dura
Sueño ha de ser tu ventura,
Y tu martirio verdad?

Mañana, tal vez mañana,
Pese á la suerte inhumana,
Yo de mi madre sabré;
A ocultar la empresa mía
Vendrá la noche sombría,
Y á salvarla volaré!

¿Qué fuertes muros, qué aceros
Resistirán á los fieros
Impulsos de mi valor?
Cautiva en eternos lazos,
Vendrá mi madre en mis brazos
Y yo vendré vencedor!

Entonces mi acento amigo
Te llamará, y al abrigo
De las tinieblas después
Iremos libres, y lejos
Miraremos los reflejos
Del nuevo día los tres.

—¡Ay! ese, dijo la esclava,
Es el bien que yo soñaba:
¡La libertad y el amor!
Y ambos aquí enmudecieron,
Porque cercanos oyeron
Los pasos de su señor.

Mas enmudecen en vano;
El codicioso tirano

Que separarse los ve,
Con hondo rencor exclama
Dentro del pecho: «¡Le ama!
Mañana la venderé».

VIII

Noche plácida en que miran
Para siempre realizada
Su ansiedad
Los dos tristes que suspiran
Por su dulce y adorada
Libertad;

Vagos sueños deliciosos
Que alejais la sombra oscura
Del dolor
De los bosques misteriosos
Donde miran la ventura
Y el amor;

¡No paseis!.... Si hallar incierta
Tanta dicha siempre al cabo
Pena dá,
¡Qué será cuando despierta
De esos sueños un esclavo,
Qué será!

176

IX

Llegó la hora: cercano
Se ve un ingenio sombrío
A donde ya el africano
Va su madre á redimir;
Tal vez ansioso la llama,
Cuando oye una voz que clama:
«¡Corre, karabela (*) mío,
Si quieres verla morir!»

Sintió el esclavo el acento,
Y aunque no sabe de dónde
Le trajo el nocturno viento
Para herirle el corazón,
A su clamor dolorido
Con una queja responde
Más terrible que el rugido
Del colérico león!

(*) Paisano, de la misma tribu.

Corre veloz é iracundo
Hacia el lugar tenebroso,
Y escucha un ¡ay! moribundo
Que le hace de horror temblar.
Corre, y corriendo percibe
Que grita un hombre furioso:
«¡Matadla; que, al fin, si vive
Querrá volverse á fugar!»

Cuando del fiero castigo
Vió ya la escena sangrienta;
Cuando del brazo enemigo
La víctima inerte vió,
Con la voz de la tormenta
Tronó de horror: «¡Madre mía!»
Y su madre en la agonía
«¡Hijo mío!» suspiró.

Vióse entonces con el brillo
De los rayos destructores
Un instante su cuchillo
En la sombra fulgurar,
Y aquel cómitre malvado
Y sus fieros servidores
Sobre el polvo ensangrentado
Sucumbieron á la par.

Inmóvil la mano impía
Y rotos los duros lazos,

De su venganza tardía
Vióse al esclavo después
Llevar á su madre inerte
Entre sus trémulos brazos,
Y caminar de esta suerte
De los campos á través.

En su marcha funeraria
Exhala sordos gemidos,
De la vega solitaria
Por la sombría región;
Mas tal vez el mal irrita
Sus lamentos comprimidos,
Y contemplándola grita;
¡Madre de mi corazón!

La sangre que ella derrama
Con su llanto se confunde;
La besa el rostro y la llama,
Y no le responde ya;
Su mano rígida y yerta
Toca, y espanto le infunde;
Mas él á pensar no acierta
Que muerta su madre va.

En su pecho el afán arde,
Y el trémulo paso guía
A donde acaso le aguarde
El consuelo del amor:

Cautiva en eternos lazos,
Como ayer soñado había,
Va ya su madre en sus brazos,
Y él va también vencedor!

X

Llegó el esclavo á la puerta
De su tiránico dueño;
Más su madre no despierta,
Ni gime, ni alienta ya;
Y ¡ay! su desdicha le advierte
Que aquel fatídico sueño
Es el sueño de la muerte,
Del que nunca volverá!

Entonces el triste llama
Con acento dolorido,
Porque la esclava á quien ama
Le aguarda sin duda allí;
Mas una voz le responde,
Que no es su voz: «La han vendido;
La han llevado no sé á dónde,
Para alejarla de tí».

Bajó abrumado la frente
Ante su suerte opresora,

Y murmuró balbuciente
Una eterna maldición;
Miróse otra vez el brillo
De su sangriento cuchillo;
Pero su cuchillo ahora
Se clavó en su corazón.

Cayó, de su madre al lado,
Con el pecho traspasado,
Sin que el mal que le atormenta
Le haga un lamento exhalar;
Mas fijó en ella apagada
La postrimera mirada,
Y una lágrima sangrienta
Vertió al volverla á mirar!

Tal vez hay dentro quien siente
O sabe el trance terrible;
Que el sacerdote inclemente
Apareció en el dintel,
Y ocultando el hondo fuego
De su codicia irascible,
Con un crucifijo luego
Llegóse al esclavo infiel.

—Confíame de tu vida
Todas las culpas, le dijo;
Mas con voz casi extinguida
Repuso al verle: «A tí, no»;

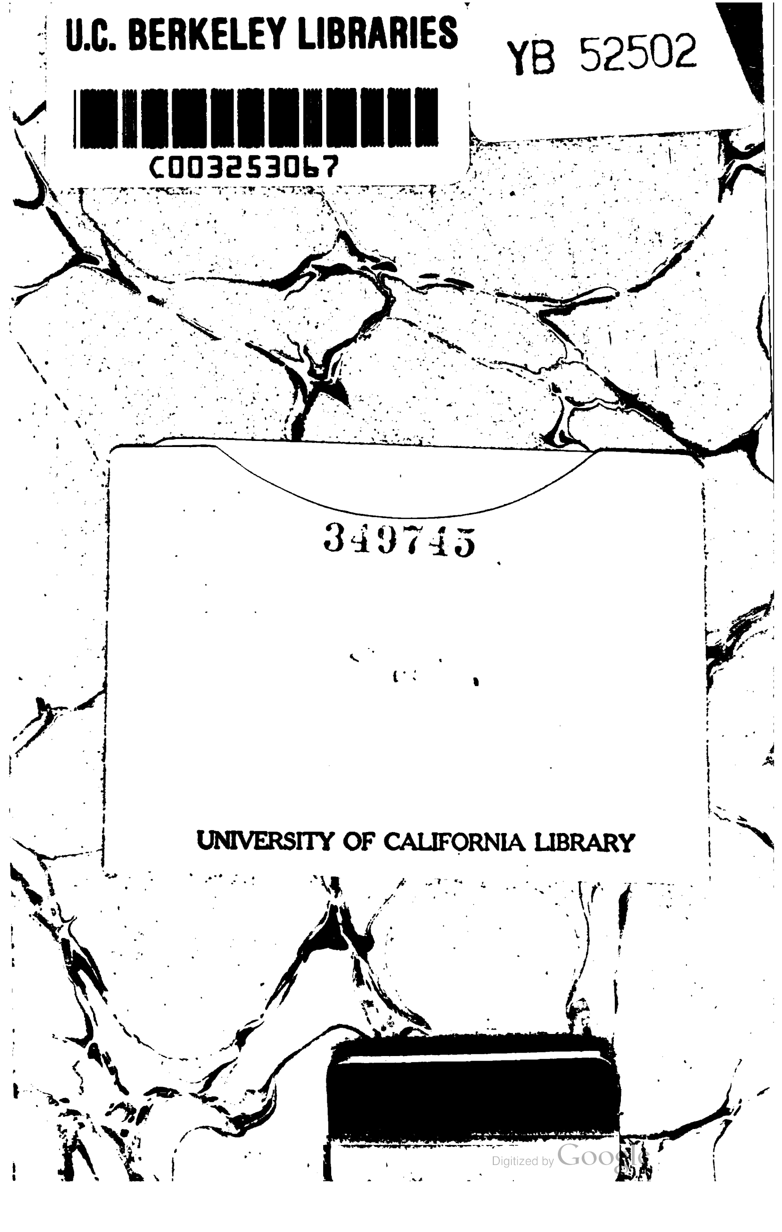
Y así diciendo, una mano
Tendió, tomó el crucifijo,
Y con la otra al tirano
Sacerdote rechazó.

Cuando la paz por que llora
Vino á prestarle la muerte,
Con la imagen redentora
Templó su angustia final;
Y aun después, tendido, inerte,
Inmóvil ya, parecía
Que su mano repelía
Algo temible y fatal.

Así el triste en el anhelo
Que dan las últimas penas,
Con ese rayo del cielo
Que ve entonces la razón,
Abrazó la fe que aspira
A quebrantar las cadenas,
Y rechazó la mentira
Que vive de la opresión.

ÍNDICE

Páginas.


U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003253067
YB 52502
349745
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
Digitized by Google

